

LOCO MAS QUE CRIMINAL

Drama en tres actos

ORIGINAL DE

P. IGNACIO CÉSAR JURADO Y TORT

Mahón

1.891.

M

76

Regalado a la Biblioteca por D. Elki
guel Moura. - Año 1891. -



1054510

SM 1176

SH
1176
LOCO MAS QUE CRIMINAL

Drama en tres actos

ORIGINAL DE

D. IGNACIO CÉSAR JURADO Y TORT



Mahón

1.891.

Personajes.

Don FRUELA I rey de Astúrias.

Doña MUNIA, su esposa.

El infante WIMARASIO, hermano del rey.

Don AURELIO, primo del mismo.

Don FULGENCIO, privado del monarca.

Don SANCHO SILO RUIZ, padre de
BERENGARIA.

FROMESTANO.

ALIATAL.

OMAR.

GONTRANDO.

ORDOÑO, anciano.

BERMUDO.

FLAVINO.

ISIDORO, siervo.

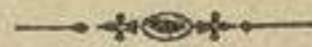
Carceleros

Escuderos

Próceres magnates, caballeros, guerreros y sayones.

*
* *

La escena tiene lugar en la segunda mitad del siglo VIII. El primer acto en Villanueva y en el castillo de Samos; el segundo en Oviedo, un año después, y el tercero también en el castillo de Samos y en Oviedo. Estos dos últimos se desarrollan en el mismo día y noche.



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Al ilustrado bibliógrafo Don Miguel
Pouso, dedica esta pequeña muestra de
precio, su aff. am. y S. S. L. B. S. M.

Madrid 28 de Octubre de 1891. *Guaciro C. Surad*

ACTO PRIMERO.

Casa de triste apariencia en el lugar de Villanueva, la cual constituye la morada del viejo Ordoño. Hacia el fondo una pequeña puerta que da á la calle; a la derecha otra de paso al resto de la casa. Algunos asientos completamente vetustos, componen el mueblaje de esta estancia. Tres escuderos se encuentran sentados á la derecha, departiendo íntimamente. Al lado del mas jóven de ellos se ve un tosco y gigantesco jarro de vino, cubierto por una descomunal taza, que sirve para tomarlo. Es de noche, y esta habitacion se halla alumbrada por una lamparilla que cuelga del techo.

ESCENA. I.

ORDOÑO, BERMUDO, FLAVINO.

ORDOÑO. Pues yo tengo para mí que esas historias extrañas son verdaderas patrañas que ha forjado el vulgo.

FLAVINO, *mirando á la pueria del fondo con desconfianza.* ¿Si?

¿No habeis oido á la puerta
un rugido prolongado,
como el de algun condenado
que vagase errante?

BERMUDO, *sonriéndose.* Alerta
debeis estar, buen Flavino,
para vencer el pavor.
Rodeaos de algun valor
y echadme un trago de vino.
El viejo Ordoño (*Dirijiéndose á él.*) ¿verdad?
Nos contará en la velada,
de una Berta, hija malvada,
la historia.

(*Flavino toma la taza que llena, y Bermudo la
apura sin parar.*)

ORDOÑO, *con disgusto.* (Fatalidad
me acosa continuamente.)
Yo no quisiera atraer
y en mi memoria envolver,
un recuerdo de tal gente.

BERMUDO. Mas, no sois supersticioso;
¿á que pues tal evasiva?
Contadla, que mientras viva,
la recordaré gozoso.

ORDOÑO. Y Flavino ¿la desea?
¿No temerá su relato?

FLAVINO. De eso mismo ahora trato,
y creo no temerlo.

ORDOÑO. Sea.
Sabeis la contigua torre
de las Animas llamada;
pues en aquesta morada,

segun la version que corre
mas verídica, ocurrió
el hecho que á escuchar vais.
Mas por Dios, si me estimais,
dadme vino.

FLAVINO, *echándole un sorbo.* Sírvooos yo.

ORDOÑO. Hará unos como años cien
que habitaba D. Rugiero,
noble y apuesto guerrero,
en esta torre. Tambien
con él vivia una hija amada
de singular hermosura,
que bajo falsa dulzura
la su maldad ocultaba.
Ocurrió que en un ataque
que los infieles nos dieron
en esta Villa, obtuvieron
bajas solo en el combate.
Nos batimos con valor;
y un dia muy de mañana,
los de la hueste africana
convencidos del ardor
de los nuestros, levantaron
su abatido campamento,
dejando en solo un momento
tranquilo el lugar. Hallaron
entonces nuestros guerreros,
herido y casi espirante
de la torre por delante,
á uno entre otros caballeros
joven, de apuesta figura
y de semblante risueño;
de estatura algo pequeño,

mas dotado de bravura.
Su altivez nos dominó
des que sus ojos miramos
y en ellos adivinamos
algo..... Que luego ocurrió.

(*Pásase la mano derecha por la frente como
para evocar recuerdos, y despues añade:)*

Al mancebo recojimos
y le instalamos en casa,
no poniendo ley ni tasa
en su auxilio; pero vimos,
por desgracia, ya curado,
que nuestro excesivo celo,
nuestro incansable desvelo
dirijido á su cuidado,
fué fatal á D. Ruguiero;
pues Berta, su hija cayó
en la red que le tendió
aqueste moro guerrero.
El silencio que guardaba
su detestable amorío,
vigilancia no, desvio
era lo que nos causaba.
Pero el tiempo deslizóse
con pausa y tranquilidad,
y al cabo la realidad
del hecho vil descubriose.
El infame seductor
de Berta, la habia hecho madre,
sin que su confiado padre
sospechase del traidor.

BERMUDO. ¡ Maldito de Dios el moro !

ORDOÑO. No, Bermudo, la doncella

que á la su odiosa querella
prestó oido.

FLAVINO. Gran desdoro
cáusanos tal villanía.

ORDOÑO. Pues bien, cuando fué enterado
el padre, encolerizado,
ordenó aquel mismo dia
la muerte del moro. Siendo
gran casualidad, pardiez,
que el parto y muerte á la vez
tuviesen lugar, corriendo
el tiempo. La seducida
odio á su padre tomó,
y con engaño logró
despojarle de la vida.

BERMUDO. ¡ Mal haya hija tan malvada !

FLAVINO. ¡ Qué horror !

ORDOÑO. Volvióse ella loca
desde aquel momento, y poca
era aun su pena. A cada
ruido que en la oscuridad
sentia, completa inquietud
la invadía. Su salud
perdió su vitalidad.
Dicen que se aparecía
la sombra de D. Rugiero
de noche á ella, y que fiero,
tres veces la maldecía.
Tan acerbo sufrimiento
aniquiló su existencia,
concluyendo su demencia
con la muerte. Pero atento
debes estar, buen Flavino,

ORDOÑO. para el infante? Escusado es decirlo. Si argüimos los defectos que presenta el lugar do está encerrado, claro es que no hay nada hablado. Pero si se tiene en cuenta que esta torre, aborrecida está por el vulgo entero y aun por los nobles, infiero que es para el caso escogida. D. Fruela, ciego de celos, ha querido en venenarle, sin otra cosa inculparle que vanas sospechas..... ¡ Cielos ! Que es un hermano ejemplar lo demuestra el tal proyecto..... Dios permita que su efecto al monarca vaya á dar.

(Oyese en esto, un tropel de caballos que se acercan á la casa. Los escuderos ponen atencion al ruido y Flavino se levanta precipitadamente de su asiento para asomarse á la puerta.)

FLAVINO. *(Mirando hacia fuera.)*
Son numerosos guerreros que hacia aqui vienen corriendo; conque, Bermudo, saliendo ya estamos de aqui. ¡ Qué fieros son sus semblantes, Dios mio !

(Volviendo hacia dentro.)

BERMUDO. Yo deseo verles entrar.

ORDOÑO. No os conviene; si aguardar
(Señalando la habitacion contigua.)

aquí al lado.
FLAVINO. Siento un frío
extraordinario.

BERMUDO. Venid;
procuraremos calor,
dando al olvido el valor
de esos ginetes.

ORDOÑO. (*Llevándolos á la puerta de la derecha.*)

Salid.

(*Bermudo y Flavino salen por ella, y
Ordoño la cierra enseguida.*)

ESCENA. II.

ORDOÑO.

¡ Cuanta es mi agitación este momento !
Con sola una palabra
haría perder su dicha y su contento.
No hay duda en lo que buscan;
del Jefe de esa fuerza la presencia
escudar debería
para tranquilidad de mi conciencia.
Mas es justo guardemos
á Wimarasio contra aquesta gente.
Su espíritu velemos,
procurando en exceso ser prudente.
Su desgracia es extrema
hoy, para que aumentemos su martirio;
razón tiene sobrada
para desesperar. En su delirio

~~para desesperar. En su delirio~~
D. Fruela receloso,
muéstrase con su hermano rencoroso.

¿ Y qué obtendrá el villano
si le mata? Morir del pueblo á mano;
pues de sufrir cansado en demasía
su imprudencia y odioso despotismo,
le lanzará á profundo y negro abismo
en donde sufrirá cruel agonía.

(*El ruido de los guerreros se siente ya á inme-
diacion de la casa.*)

Ya llegan los ginetes
á ponerse en la pista de su presa.

¡ Oh ! Veremos si salen
victoriosos en esta nuestra empresa.

(*Dirijese lentamente hacia la puerta del foro;
pero antes de llegar á ella aparece D. Fulgencio
seguido de los guerreros que se detienen al
entrar.*)

ESCENA. III.

ORDOÑO, D. FULGENCIO, dos guerreros.

FULG. Dios os guarde, buen Ordoño.

ORDOÑO. (*Descubriéndose.*) El os acompañe á vos.

FULG. (*Mirando á todas partes.*) ¿ Como os encotrais?

ORDOÑO. No bien

del todo, pues con razon
pasamos aqui la vida
inquietos. Ben Almanzor

- nos sigue siempre la pista.
FULG. No temais ¡ira de Dios!
á esas tropas agarenas;
como todas ellas, son
fuertes si se reúnen muchas,
vencidas siempre si no.
- ORDOÑO. Mas á pesar de las glorias
que alcanza nuestro pendon,
abatiendo á cada paso
con heroísmo y valor
la media luna, ellos crueles
sembrando la destruccion,
corren por nuestros dominios
cual gustan, á su sabor.
- FULG. Exajerais bien los hechos,
buen viejo, no temais vos
sus continuas acechanzas
Hoy no tienen ocasion
para llegar hasta aquí
ni el necesario valor.
Las huestes de nuestro bravo
monarca, temibles son,
y saben luchar con gloria
cuando lo exige el honor;
asi es que esas correrías
de su pavor hijas son,
pues van menguando sus tierras
continuamente.
- ORDOÑO. ¡ Ay señor,
y cuanto nos dan que hacer!
su malhadada intencion
se vislumbra en sus semblantes;
son malvados ¡vive Dios!

Si á pisar la villa llegan
prometo de corazon,
sucumbir nadando en sangre,
africana. Eso mi honor
me exige y asi lo haré.

FULG.

Bien, Ordoño; tal teson
obtendrá su recompensa,
si cumplis, cual decis, vos.

(*Breve pausa.*)

Pero variando el asunto
de nuestra conversacion
¿ noticias de Wimarasio
teneis por ventura vos ?
¿ Ignorais que se ha ausentado
y que una conspiracion
fomenta ?

ORDOÑO.

(*Con disimulo.*) Todo lo ignoro.

A estos lugares, Señor,
no llegan esas noticias.
Son muy valiosas ; oh Dios ;
para que los pobres siervos
con su menguada razon,
puedan juzgar su importancia.
Digo, asi lo entiendo yo.

FULG.

¿ No me engañais, viejo Ordoño ?
¿ Hablais sin afectacion ?

ORDOÑO.

(*Sin inmutarse.*) Podeis creer lo que os dice
quien á mentir no aprendió.

FULG.

(*Recalcando sus palabras.*)

¿ Es decir que no sabeis
nada sobre la cuestion
suscitada entre D. Fruela
y su hermano ?

ORDOÑO. No señor.

FULG. Está bien ¿ y vuestro amo ?

ORDOÑO. (Ya nuestro plan fracasó.)

Si quereis hablarle ahora,
este humilde servidor
os conducirá sumiso
á verle sin dilacion.

FULG. (Acepto, y asi es seguro
me convenceré mejor,
sin recurrir á otros medios,
de la valiosa opinion
de D. Zuria, sobre el hecho
que ya tanto ruido armó.)
Conducidme pues, al punto.
(*Al decir esto último se dirige al fondo.*)

ORDOÑO Enseguida soy con vos.
(*Va á la puerta lateral y entreabiéndola dice
á sus compañeros á media voz.*)

Podeis salir, y esperadme
aquí; tened precaución:
yo la puerta cerraré
de entrada. Quedad con Dios.

(*Vase por la puerta del foro, seguido de D.
Fulgencio y de los guerreros. Despues que han
salido todos, cierra por fuera. Bermudo y Fla-
vino aparecen entonces demostrando suma ale-
gría en sus semblantes, por haber evitado el
encuentro con los guerreros.*)

ESCENA IV.

BERMUDO, FLAVINO.

BERMUDO. Albricias, Flavino, os doy por haberos esquivado á la vista del soldado Jefe de esa tropa. Hoy podeis contaros dichoso, pues esa gente de armas que os causa tantas alarmas ya se aleja.

FLAVINO. Estoy dudoso de lo que decis, Bermudo. No se alejan del lugar; el Jefe conferenciar quiere con nuestro tozudo dueño y señor. Conducido es por Ordoño á su casa; en este momento pasa por aqui fuera.....
(Señalando á la puerta trasera de la casa.)
¿ El ruido no escuchais de su armadura ?

BERMUDO. Todo lo sé como vos.

FLAVINO. Mas, no decíais.....

BERMUDO. ¡ Por Dios !
Sois de inteligencia oscura.
Lo que yo os quise decir

fué, que de esta habitacion
se alejaban.

FLAVINO. ¡ Ah ! Ya son
comprendidas al oír
vuestras frases nuevamente
Mi indiscrecion perdonad.

BERMUDO. Pues bien, atento escuchad.
Ya que tan exactamente
la habitacion conocemos
do se encuentra el emisario
de D. Fruela, es necesario
que sin tardar avisemos
á nuestro amigo el infante,
para que, pueda rehuir
su encuentro y á combatir
se prepare. Si es amante
como jóven, de su vida,
el aviso atenderá
y á cubierto se pondrá
de su enemigo. Enseguida
debeis marchar, buen Flavino,
á cumplir esta mision;
cautela y circunspeccion
son precisas.

FLAVINO. (*Dudando.*) (*Desatino*
es aceptar tal misiva.)
¿ Sabeis que el vigor no cuento
ni ese necesario aliento
al caso ?

BERMUDO. (*Con energia.*) Que siempre viva
el infante es lo preciso;
y asi teneis que acatar
mi mandato, y procurar

cumplirlo fiel.

FLAVINO.

(Indeciso
aun estoy..... Mas, no hay remedio;
cumplamos esta misión
en justa compensación
à su importancia.) Y ¿ qué medio
emplearé para avisarle ?

BERMUDO. ¿ Olvidàsteis ¡ por mi vida !
la señal ya convenida
para una cita anunciarle ?

FLAVINO. (*Despues de quedarse pensativo un momento.*)
Tres palmadas, ya recuerdo.
¿ Le diré ?.....

BERMUDO.

Que le persiguen;
y que de cerca le siguen.
Mas no obstante, que à un acuerdo
seguro no llegarán
en su empresa, pues no cuentan
con nosotros, ni sustentan
gente fiel por donde van.
Eso diréisle; añadiendo,
que si venir quiere aquí,
tan seguro como allí
estará. (Yo voy temiendo
à ese apuesto caballero.
Si le ocurre visitar
la torre, pudiera hallar
tal vez al infante.) Espero,
que pronto se cumplirá
cuanto os demando. Id con Dios

FLAVINO.

El se halle siempre con vos.
(Veremos que pasará.) (*Vase.*)

ESCENA V.

BERMUDO.

No hay duda; lo he acertado
al brindarle esta mansion,
pues como el vulgo asustado,
de la torre tanto ha hablado,
pudiera haber intencion
en ellos de conocerla.
Pero Ordoño evitará
que suceda; pues sabrá
si deciden ir á verla,
cuando, y así se opondrá
á que den con el infante.
¡ Vive Dios que esto es zozobra !
De la suerte lo inconstante
le martiriza de sobra.....
¡ Siempre va el mal por delante !

ESCENA VI.

BERMUDO, WIMARASIO Y ORDOÑO

WIM. Gracias á tu constancia y agudeza
contarme puedo, Ordoño, algo dichoso.
(*Fijándose en Bermudo que cierra por dentro.*)
Salud, Bermudo; vengo presuroso

á ofrecerte por toda la entereza
con que atiendes mi causa, la confianza
que no dispenso á todos. Desde ahora
con ella contarás, pues ya la hora
acercándose va de mi venganza.

BERMUDO. Permitidme, señor, que os agradezca
esas frases que son inmerecidas.

Vos podeis disponer de nuestras vidas
cual gustéis y en la forma que os parezca.

WIM. Gracias, mis siervos. Un placer inmenso
me produce el contaros como amigos.

Sean los cielos los únicos testigos
del cariño que os brindo tan intenso.

Lanzado del alcázar do vivía;
calumniado despues y perseguido,
hoy tal vez esté dado ya al olvido
por mis deudos. ¿ Acaso merecía
mi severa conducta tal ultraje?.....

¿ Debo yo gratitud al soberano
que de un modo tan pérfido é inhumano
me trata; cual si fuera algun salvaje?

(*Breve pausa.*)

Sospechar de su hermano y de su esposa
que mantienen ilícitos amores,
sin pensar en los crueles sinsabores
que despierta sospecha tan odiosa.

(*Con visible agitacion.*)

¡ Doña Munia, de reinas gran modelo;
ejemplo de candor y de dulzura,
adúltera ! ¡ Por Cristo ! Bien angura
de su esposa. ¿ Es asi cual paga el celo
que demuestra su estirpe defendiendo ?
Hiere lo mas sensible de su alma.....

ORDOÑO. Sosegaos, Señor; procurad calma y á vuestro padecer tasa id poniendo. Hoy conviene ante todo á nuestros planes conservar la existencia que os dió el Cielo; á este fin se dirige nuestro anhelo. Vos debéis oponer á esos desmanes del monarca, tesón irresistible.

WIM. Es verdad, fiel Ordoño, seré fuerte luchando brazo á brazo con la suerte.

ORDOÑO. Os harán vuestros siervos invencible.

WIM. Si; yo debo guardar esta existencia; débola sin disputa á mis vasallos, y mengua fuera en mí el abandonallos a la ira del tirano. Mi conciencia sublévase á tal acto, y como espero dormirán los soldados, sin tardanza podremos escapar y su asechanza dejar burlada aquí.

ORDOÑO. Lo mismo infiero.

Que eviteis su presencia es lo que urge. Marchareis desde aquí, sin deteneros, del Viejo á la alquería, por senderos, extraviados. Si por desgracia, surge accidente imprevisto, sed conciso en vuestras frases. Vuestro pensamiento ocultadlo en loor á nuestro intento. Mirad que no os conozcan es preciso ni ahora ni despues. El buen Flavino será de vuestros guías el primero cual mas jóven. Bermudo mas certero os servirá de escolta en el camino.

BERMUDO. ¿ Y logró éste esplicaros mi embajada. ?

WIM. Traspasome discreto tu mensaje;

pero Ordoño, que habia dispuesto el viaje que conoces, de mi fatal morada me habia sacado ya.

ORDOÑO.

Como os decía, teneis dos escuderos ya nombrados que sabrán defenderos, si atacados os viéseis en la marcha. En la alquería esperareis tranquilo las noticias, que por nuestros valientes mensajeros haré llegar á vos. Id, pues, ligeros á ultimar vuestra marcha.

(*Dirijiéndose al infante.*)

Sean delicias todas las que goceis en adelante.

WIM.

(*Abrazando á Ordoño.*)

Adios, mi buen amigo, sé dichoso, y no olvides que acaso victorioso, pagarte pueda trato tan galante en alguna ocasión.

ORDOÑO.

No es tal deseo el que me anima, y si veros, colmada vuestra dicha, feliz. En la explanada de la torre es Flavino. Yo preveo en la fuga brillante resultado. Adios, Bermudo, discreción, prudencia,

(*Señalando á el infante*)

Os debe ser preciosa esta existencia, y á vuestra rectitud la fio confiado.

(*Dirijiéndose á la puerta seguido de Wimarasio y Bermudo, la cual vuelve á cerrar despues de salir estos dos últimos.*)

ESCENA VII.

ORDOÑO.

Dios los guie en su camino.

Triste destino es nacer
entre reyes y magnates,
y venir á ser despues
calumniado y perseguido,
sin razon para ello haber.

¡ Tan jóven y desgraciado !

¡ Vive Dios, desdicha és !

(*Breve pausa.*)

Ya un buen número formando
los enemigos del rey,
van minando su existencia
poco á poco, y sin perder
el tiempo. Dios ponga tino
en sus manos y en sus pies,
para que logren, mas tarde,
destruirle de una vez.

Si coronan sus deseos,
al infante hemos de ver
empuñar el cetro real,
para honra nuestra y prez.

(*Pequeño ruido de pasos por la puerta exterior.*)

Ya se marchan, Dios los guie,
vuelvo á repetir con fé.

Que logre sus esperanzas,
que son las mias también.

Si sucumbe á la desgracia
de su sino, no ha de ser
por falta de nuestra ayuda,
que siempre adicta le fué.
Mas ya de dormir es hora;
voy á recojerme pues,
confiado en que lograremos
nuevo rey pronto tener.

(*Al concluir este verso marcha en dirección á la alcoba contigua; pero al penetrar en ella, óyese un alboroto extraordinario hacia el lugar en donde se han alojado los guerreros, y Ordoño poseido de una agitación indescriptible, vuelve á la escena exclamando:*)

¡ Dios santo que pasará !

(*La confusión sigue aumentando por la parte exterior. El escudero corre entonces á la puerta del foro y abriéndola exclama:*)

Isidoro, amigo, ven;
acércate por mi vida.

(*Volviéndose hacia adentro.*)

¡ Ira de Dios, que tropel !
Parece que el mismo diablo
quiere enredar á su vez
nuestro bien tramado plan,
y al otro favorecer.

(*Diríjese otra vez á la puerta, llamando.*)

Isidoro, amigo mio,
escúchame, pronto ven.

(*Tornando á la escena.*)

Este siervo es un portento.

(*El ruido va alejándose hasta que se extingue por completo. Ordoño se tranquiliza poco á poco*)

Sospechando estoy, pardiez,
si habran vendido al infante.
Pero no es posible. ¿Quién
osaria á tal bajeza?
Nadie en la villa á mi ver.

ESCENA VIII.

ORDOÑO, Isidoro, entrando asustado completamente.

ISIDORO. Ignorais, amigo mio,
lo que en el lugar sucede?

ORDOÑO. A eso voy.

ISIDORO. Pues ya se puede
hacer cesar nuestro brio.
Los guerreros se han marchado
veloces como centellas.
¿Acaso serán sus huellas
las que siguen, ó han guiado
tan repentina salida?

ORDOÑO. Nada sé. Si espero ansioso
noticias del valeroso
Bermudo. Mas ¡ por mi vida !
diríame compañero,
¿ quién esta marcha ordenó ?
Pues segun comunicó
á su tropa, el caballero
D. Fulgencio, pernoctar
debían esta noche aquí.

ISIDORO. Dificil se me hace á mí
tal secreto adivinar.

En el patio me encontraba del castillo, concertando una cacería, cuando sentí que á mí se acercaba un soldado, maldiciendo la repentina ocurrencia de partir, sin consecuencia guardar al descanso. Oyendo esto, á enterarme en seguida lanzeme; mas quien me diera noticia que cierta fuera no encontré. Luego vencida mi imaginacion ardiente ante tanta vaguedad, cesó mi curiosidad, y me marché diligente á escudriñar su salida, con objeto de inquirir cuanto pudiera ocurrir sobre el caso.

ORDOÑO. (*Con sentimiento.*) ¡ Por mi vida que ya es harto desgraciado !
¿ Y no pudiste observar intención de que á buscar fuesen al infante ?

ISIDORO. Dado
hubiera lo mas valioso para mí, á sabello.

ORDOÑO. (*Con decisión y energía.*) Ven.
Vamos y veremos quien ha sido aquí el alevoso.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

Patio en el castillo de Samos. Puerta al foro tallada en la misma piedra, de forma semicircular por la parte superior. Hacia el fondo y á la izquierda del actor, otra de mayores dimensiones, pero igual en forma y construcción á la primera. La del foro da acceso á los calabozos en que el rey guarda los presos de mas importancia; hallándose asegurada su entrada por una reja de gruesos barrotes de hierro, que la cubre completamente. La lateral comunica con el interior del castillo. Un centinela pasea sin interrupcion por una plataforma situada á la izquierda y detras del muro que limita el fondo, á cubierto de la vista del espectador; y un grotesco carcelero se halla inmóvil cerca de la puerta lateral, con un gran manojó de llaves en su mano derecha. Es próximamente la media noche, y la escena se halla alumbrada por una débil luz, colocada tambien á la izquierda y muy cerca de la puerta.

D. FRUELA, en traje sencillo y con puñal al cinto.

La desgracia me sigue
desoyendo la voz del sentimiento.
Mi sufrir es terrible
é incansable mi férvido tormento.
¡ Vive Dios, que es tirana
la suerte que el destino me reserva !
Sin deudos, sin amigos,

viviendo entre traidores..... Esto enerva
el poder absoluto que es mi egida,
y sin el cual desprecio ya la vida.

Wimarasio mi hermano,
huyendo de mi lado me fulmina
horrisona sentencia.

Así de ingratitud mi pecho mina,
y será por su causa desgraciado
al verse por el rey abandonado.

Y tú, esposa querida,
¿porqué has aniquilado mi ventura?
Arráncame la vida
ya que á mi honor has dado sepultura.

(*Con agitación.*)

Sí, perfidos, villanos;
mi corazon asesinásteis crueles,
procurando, inhumanos,
aparecer ante mi trono fieles.
Vuestra infernal sonrisa
subleva mi razon, mas yo os desprecio.

(*Riéndose sarcásticamente.*)

Sí, sí, me causá risa
el pensar que á mi vida pongais precio.

(*Hace una breve pausa, y despues serenándose
añade:*)

¡Qué es penar, vive el Cielo,
al lado de tan fieles servidores,
cuyo excesivo anhelo
hostil vuelven á mí! Si estos traidores
con su fingido celo
pretenden destronarme ¡ á qué temores!
Vengan á mí dispuestos á batirse,
y ante mí obligareles á rendirse.

Mas no, no, son cobardes.
A mi espalda preparan su sentencia,
logrando hacer alarde
de aniquilar muy pronto mi existencia.

(*Con agitación.*)

Mi pesar, insensatos,
pagareis sin cesar con cruel tortura,
os postrareis sumisos
ante la magnitud de mi bravura,
y entonces yo á las súplicas ageno
sumiré vuestros cuerpos en el cieno.

(*Siéntese movimiento inusitado en el patio principal del castillo, producido por la llegada al mismo de gente de armas. El rey quédase suspenso un instante y despues dirijiéndose al carcelero le dice:*)

Omar vete al momento,
é indaga lo que ocurre en el castillo;
si ver al soberano
desean, les conduces á este sitio;
cuidando de hablar poco en el camino
pues pudierais decir un desatino.

(*Vase el carcelero.*)

¡ Cielos, qué habrá ocurrido !
Tal vez algun suceso inesperado
llegará con gran ruido
á acrecentar lo triste de mi estado.
¡ Quizás los que me odian
preparan ya el momento del ataque !

(*Acariciando la hoja de su puñal.*)

Tú, mi mejor amigo,
defenderás mi vida en el combate.

(*D. Fulgencio y Omar entran por la puerta*

lateral del patio: el primero con el mismo traje en que le hemos visto en la escena III de este acto. Omar ocupa su anterior puesto, y D. Fulgencio se adelanta al rey.)

ESCENA X.

D. FRUELA, D. FULGENCIO, despues WIMARASIO, OMAR, y sayones armados.

FULG. (*Inclinándose respetuosamente.*)
Dios os guarde, mi señor;
vuestras órdenes cumplí
con denodado fervor,
y al cabo tanto insistí
que se rindió á nuestro ardor.

FRUELA. (*Con ansiedad.*) ¡ Qué dices, fiel concidente !
¿ Ha caido en tu poder
mi hermano ?

FULG. Lo vais á ver
cuando gustéis.

FRUELA. Estridente
mi venganza habrá de ser.
Morirá sin dilacion
para evitar su defensa;
con razon ó sin razon,
solo el rey en su opinion
debe castigar la ofensa.
El gozo que embarga hoy
el corazón, mis sentidos
arrebata, y aunque soy

harto desgraciado, estoy
satisfecho ya. Aprehendidos
mis enemigos mas crueles,
se estrellará su asechanza
ante mis vasallos fieles.
Mas dí ¿ rigor ó templanza
has usado ?

FULG.

La balanza

de mi leal adhesion
hacia vos, no se ha inclinado
á su consideracion.
Siempre, siempre me ha lanzado
á su mortificacion.

FRUELA.

Bravo, bien, valiente empresa.
¿ Cuantos son, por vida mia,
los presos ?

FULG.

Tres.

FRUELA.

Yo creia

solo mi hermano la presa.
Bendigo tanta hidalguía.

(*Con ansiedad.*)

Pero cuéntame, mi amigo,
los detalles de ese lance;
que mi inteligencia alcance
á graduarles el castigo
en éste, su amargo trance.

FULG.

Luego que á cumplir partimos
vuestras órdenes, señor,
á un bosque á descansar fuimos
despues que trotado hubimos
dos leguas. Alli á un pastor
vimos que estaba durmiendo;
despertámosle enseguida,

y datos de él inquiriendo,
comprendimos que iba siendo
ganada nuestra partida.
Nos dijo existían rumores
de que en la torre nombrada
de las Animas, callada,
de noche en los corredores,
corría una sombra. Asustada
la gente de este lugar,
nadie á entrar se disponía
en ella. Y yo que temía
perder tiempo, á retornar
me vi obligado. (*Con intencion.*) Quería
ver la sombra en noche oscura.
A Villanueva lanzamos
los corceles con bravura;
tranquilamente llegamos
y al punto nos alojamos
en el castillo.

FRUELA.

Cobarde.

Fiado en la soledad
de ella, su seguridad
confióle.

FULG.

Mas era tarde;

descubierto fué en verdad.
Oculto cómodamente,
al saber nuestra llegada
quiso escapar diligente,
pero mi despierta gente
le cortó la retirada.
Le atacamos sin tardanza;
y aunque mostró resistencia
combatiendo, su impotencia

le hizo rendir su pujanza
muy luego.

FRUELA. Ya mi paciencia
se agota con tu relato.

¿ Donde está mi hermano ?

FULG. (*Señalando al interior del castillo.*) Aquí

FRUELA. Pues hazle venir á mí.

FULG. Marcho á cumplir el mandato
vuestro.

(*D. Fulgencio se acerca á la puerta por donde
ha entrado antes y hace una seña. El rey le si-
gue con la mirada y dice:*)

FRUELA. (¡ Ay, Fulgencio, de tí,
si se escapara !)

(*Al carcelero.*) Tú, Omar,
debes tener preparado
el calabozo del lado
de la reina.

(*D. Fulgencio vuelve á la inmediación del rey.*)

Quiero aunar
sus prisiones.

(*El carcelero practica una profunda reveren-
cia, y abriendo la reja que da á los calabozos,
desaparece de la escena.*)

FULG. Van á estar
muy cerca, señor, los dos.

FRUELA. ¿ Y qué importa, vive Dios ?

Así unidos los tendré,
y sus lamentos oiré
á la par.

FULG. No es bien á vos
cercanía tan peligrosa.

(*Quiero que esté separada*

Abusando del poder,
destrozais los corazones
que debiérais defender.

Gozad, sí, vuestra ventura;
sereis asaz desgraciado;

Dios á vos se vuelve airado
ante tanta desventura,
y os dejará aniquilado.

Toda esa sangre inocente
que habeis hecho derramar,
D. Fruela, os ha de costar
vuestra diadema esplendente
que habeis hecho enlodazar.)

(*Dirijiéndose á los alguaciles que le custodian.*)

Vamos, mis buenos sayones;
es preciso ya cumplir
vuestra obligación.

(*La comitiva continúa su marcha y desaparece
por la puerta del foro.*)

FRUELA. (*Volviéndose á D. Fulgencio.*) Salir

con debidas precauciones
debe la reina. Razones
que tengo muy poderosas,
me obligan á relatarle
lo ocurrido y á mostrarle
su porvenir.....

FULG. (*Interrumpiéndole.*) Señor.....

FRUELA. ¿ Osas

hollar mi voz ?

FULG. (Ocultarle

no podré la cercanía
del infante.) Suponía
solo peligro hacia vos;

pues sabiendo que los dos se hallan tan cerca, podría Wimarasio aleccionado por ella, alguna aventura prepararos.

FRUELA.

Ya en clausura se halla su vida, y llegado es su fin. Tú, de contado, has de prestar cumplimiento à este deseo. Además un narcótico tendrás preparado en el momento, que sea fuerte por demas. A sus dos acompañantes do quiera has de retener, pues mañana han de perder sus cabezas, si es que antes no les mando deshacer.

FULG.

(Siento aqui ser mensajero.)

FRUELA.

El narcótico enseguida lo darás al carcelero, y le dirás que su vida va jugando en la partida, sinó hace tomar al punto dicha bebida á mi hermano.

FULG.

(Es por demas soberano el que aborda tal asunto.)
Voy señor.

FRUELA.

Toma mi mano.
Te ofrezco entera amistad.

FULG.

Y yo á tal sinceridad sumamente agradecido, os juro eterna lealtad.

FRUELA. Gracias, mi amigo querido.
(*D. Fulgencio toma la mano que el rey le alargaba, y estampa un beso en ella. Enseguida va á la puerta del foro y llamando, sale Omar, con el cual habla breve rato. Despues se va por la izquierda y el carcelero vuelve á entrar en las prisiones.*)

ESCENA XI.

D. FRUELA.

Se acerca ya el momento, aborrecida esposa, que mi dicha has destrozado. Veremos si tu aliento inficionado me contagia al mirar tu faz mentida. El servil que brindósete tu amante pertenece á su rey, y por ahora no escapará á sus manos; sin demora sucumbirá ante mi puñal brillante. Esta hoja que va siempre conmigo cortará su existencia, y olvidado muriendo de los suyos, aplicado será como merece su castigo. Seguiré con bravura mi proyecto, castigando al que mi decoro ofenda. ¡ Arranquemos con ánimo la venda que cubre á los que finjenme su afecto !
(*Omar aparece por el fondo acompañando á Doña Munia, la cual le sigue en traje sencillo; pero con la diadema real ceñida á la frente. Al*

verlos el rey, se acerca al carcelero y le habla en secreto.)

ESCENA XII.

D. FRUELA, DOÑA MUNIA, OMAR.

MUNIA. (¡ Qué me espera, Dios Santo ! Mi sentencia tal vez esté en la mente del monarca.
¿ Se aproxima el momento en que la Parca destroce para siempre mi existencia ?
(*Vase Omar por la puerta lateral.*)

FRUELA. Acercaos, Señora, á vuestro esposo; confesadle en el acto vuestra culpa, alejando de vos toda disculpa y así os sincerareis. Yo no animoso pretendo atropellar vuestro decoro. Dadme pruebas seguras, y os prometo volveros el cariño y el respeto que tanto pesan en vuestro desdoro.

MUNIA. Léjos de vos, Señor, tanta sospecha; ni con el pensamiento os he ofendido; jamas en contra vuestra he dado oído á version ó asechanza. Ya maltrecha mi dignidad se encuentra en esta vida. Yo en vos solo he cifrado mi ventura, y quisiera al morir, mi sepultura al lado de la vuestra.

FRUELA. (Fementida.
¡ Qué bien urde sus planes la insensata !
Vencer he de lograr su resistencia.)

¿ Es decir que acudís á la clemencia soberana, sin ver que vuestra ingrata pasión hace sufrir al noble esposo que amándoos os dió nombre y su corona ?

¿ Tal conducta derecho no me abona para hollar vuestro fuero poderoso ?

MUNIA. No aumenteis, por piedad mi sufrimiento. Mirad que vuestra esposa es inocente.

(*D. Fruela se adelanta á Doña Munia, y tomándola con rabia por una de sus manos, da dos pasos adelante, mientras dice con energía:*)

FRUELA. Decidme ¡ vive el Cielo ! ¿ En vuestra mente no ha cabido la idea de algun tormento agudo cual el dardo mas punzante ?

¿ No pensásteis jamás en que cautiva pudiera yo teneros mientras viva ?

Contestadme, por Cristo. ¿ Y el infante ?

¿ No sabeis que las tropas que marcharon en su busca, lograron alcanzarle y despues de vencerle y apresarle, sin tardanza al monarca lo entregaron ?

¿ Ignorais que se encuentra prisionero aquí mismo ?

MUNIA. (*Sollozando.*) Señor, todo lo ignoro.

FRUELA. (*Tomando el puñal del cinto y blandiéndolo.*)

Mirad que va al azar nuestro decoro y podria exijíroslo mi acero.

MUNIA. (*Cayendo de rodillas.*)

Áquí teneis mi pecho deshacedlo.

Descargad sobre mí vuestra enerjía, mas proclamadme pura; el alma mia libre de culpa está, Señor, creedlo.

(*D. Fruela en medio de la mas violenta deses-*

peración levanta el puñal como para clavarlo en el pecho de la reina; pero herido sin duda por un recuerdo poderoso, lo lanza lejos de sí al mismo tiempo que á su esposa. Esta, agobiada por la fuerza de la situación é impulsada por el movimiento del rey, tiene que apoyarse en el suelo para no caer; pero despues se levanta y marcha con dificultad á sostenerse en la pared.)

FRUELA. (¡ Oh Dios ! Es bien extraña coincidencia; mi padre á mis sentidos aparece, tambien con un puñal que oro guarnece, amagando mi pérvida existencia.)

(Quédase pensativo, mirando de soslayo á la reina.)

MUNIA. (¡ Virgen santa, que trance tan horrible ! Prestad fuerza á esta reina desgraciada, que ha sido sin cesar martirizada por su esposo, de un modo tan terrible.)

FRUELA. ¿ No mas decís ?

MUNIA. ¿ Y qué quereis os diga ?

Yo os juro por mi bien, que no he tomado parte alguna en lo que se os ha contado. Mas oid. Si la suerte me castiga sin prestar á mi mal justo remedio, Dios tan grande y tan justo, mi inocencia publicará.

FRUELA. (*Serendándose.*) Señora, la existencia es preciosa. (Veamos otro medio.)

(Omar entra por donde ha salido antes, con un jarro en la mano. Al verle el rey le llama y en voz baja le dice:)

¿ Has dado á mis deseos cumplimiento ?
(Omar haciendo alusión á la vasija que lleva consigo.)

Aquí llevo el narcótico arreglado,
para que fácilmente sea tomado
sin perder en la obra ni un momento.

FRUELA. (El infierno me acude en mi amargura.
No se encuentra ya léjos mi venganza.)

Marcha, fiel carcelero, sin tardanza;
da colmo por ahora á mi ventura.

(*Omar practica una profunda reverencia y se
va por el fondo. Breve pausa.*)

(*A Doña Munia.*)

Pues señora, á mi ver, no ignorareis
se dice que en infames relaciones
os hallais con mi hermano. Las razones
que se aducen son muchas; como veis,
yo anhelo investigarlas, y deseo
me digais la verdad.

MUNIA.

(Siempre lo mismo.)

Señor, antes prefiero en un abismo
caer, que verme envuelta cual me veo
en infames intrigas. Vuestra esposa
ha sabido guardar bien su decoro,
y no habrá quien se atreva en su desdoro
á hablar. Fuerte, solícita, hacendosa;
ha sido vuestra mas segura egida,
sufriendo en el silencio las sospechas
que os hacian concebir, é iban derechas
á sembrar el peligro ante su vida.

Esos crueles é infames impostores
que bastante á su reina han calumniado,
han sido los primeros que han hollado
nuestro fuero. Son ellos los traidores.
Acato, sin embargo, la sentencia
que os cuadre pronunciar sobre mí luego.

(*Llorando.*) Volvedme al calabozo; allí mi ruego
á Dios elevaré.

FRUELA. (*Recalcando sus palabras.*) (Que su inocencia
ha dicho, Dios tan pródigo y tan justo
palpable nos haría.)

(*Llamando.*) Omar. (Veremos
lo que luego resulta, y empezemos
por matar al infante. Si es injusto
el castigo ¿ qué importa ? Bien me augura
en mi reino.)

(*Vuelve á entrar por la puerta del foro el car-
celero.*)

(*A Doña Munia.*) Marchad.

(*A Omar.*) La soberana
á su encierro. Mitíguese su vana
pretensión en su propia sepultura.

(*Vase la reina y Omar la sigue.*)

ESCENA XIII.

D. FRUELA.

¡ Ira de Dios ! ¿ No podré
nunca lo cierto inquirir ?
Todas son dudas, sospechas;
nadie leal viene á mí.

(*Sonriéndose sarcásticamente.*)

Wimarasio es inocente;
no ha cometido un desliz.
La reina no tiene culpa
y no hace mas que sufrir.

Uno y otra impunemente
 han contribuido así,
 á perturbar mi reinado
 y mi honra á destruir.
*(Fijándose en el puñal que yace aun en el
 suelo, lo coje y guarda mientras dice:)*
 Ven á mis manos, tu eres
 mi mas fuerte paladin.....
 Con destreza singular,
 me hacen dilynquir á mí
 ante mis fieles vasallos,
 para ganarlos al fin.
 Así es como pueden ellos
 vencerme, tan solo así.
(Con resolución.)
 ¡ Vive Dios, que esto es indigno !
 No, no podré resistir
 por mas tiempo tanta farsa,
 que ya demasiado ví.
 Alejaos, temores vanos;
 yo sabré hacerles morir,
 aunque burlando mi gente
 escapar logren de aquí.

ESCENA XIV.

D. FRUELA, OMAR que sale seguido de los sayo-
 nes que entraron antes en las prisiones.
 Estos se marchan por la izquierda á una
 indicación del carcelero.

OMAR. Ya tranquila la víctima ha tomado

la dosis que precisa es á su sueño;
no tardará tan mágico beleño
en dejarle inactivo y sosegado.
Entonces lograreis que su existencia
concluya de una vez.

FRUELA.

Y como, amigo,
¿le aprontaste á sufrir este castigo?
¿Es posible que con su inteligencia
no pudiese augurar tal asechanza?

OMAR.

Bríndele un agua pura, deliciosa,
si sed tenia. Su alma recelosa
al principio dudó; mas mi templanza
en la oferta, dejole convencido.
Apuró gran porción en un instante,
trémulo, y si se quiere, delirante;
así es que pronto lo tendreis dormido.

FRUELA.

Quiero observar su rostro sin tardanza,
y en él conoceré si es inocente.
De su prisión dame la llave. (Hirviente,
clama á voces mi sangre cruel venganza.)
(*El carcelero entrega al rey la llave que le
pide y éste se dirige al fondo; pero en el mo-
mento de llegar á la reja se detiene en medio
de la mas indescriptible agitación.*)
(Siento arder en mi pecho cruel veneno
vertido por el odio de mi hermano.)
Y su muerte me espanta.

(*Breve pausa.*)

Mas mi mano
no le perdona.... A mi pesar ageno
el ingrato desprecia mi tortura.....
Es preciso que muera en este instante.
(*Marcha con decisión á la reja y la abre,*

quedándose inmóvil unos momentos.)
¿ Y si fuera inocente ?..... No, vibrante
mi pesar le abrirá su sepultura.
Es preciso que muera, sí; á salvarle
no bastara del Orbe la potencia.
Conténgase la voz de mi conciencia;
(Tomando el puñal que lleva al cinto.)
Voy en el pecho este puñal á entrarle.
(Desaparece precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XV.

OMAR.

Vase hacia allí; poca vida
queda á ese ser desgraciado;
muere al fin abandonado.....
Su existencia está perdida.
(Con energía.)
Y yo cobarde y traidor
á su muerte contribuyo
preparando..... ¡ Oh Dios ! Yo huyo
de este castillo. Pavor
me inspira ya esta morada.
Siento cual mortal veneno
que mis arterias de lleno
invade. Suerte malvada.
(Pausa.)
Mas ¿ qué pudiera yo hacer
ante la resolución
del monarca ? Mi intención

fué buena, pero á mas ver,
preferí exacto cumplir
su mandato soberano.....

(*Serenándose.*)

¿Hay esfuerzo sobrehumano
que le obligue á desistir,
de proyecto concebido
en su mente trastornada?

Su conciencia desalmada
le hace ver su honor perdido.

(*Oyese ruido en las prisiones.*)

Mas siento como luchar.....

Quizás en este momento
lanza su postrer aliento
el infante. ¡ Horror !

(*Como dirijiéndose á D. Fruela.*)

Matar

se puede en lid verdadera;
nunca buscando ocasión
para lograrlo á traición;
eso es cobarde. Si fuera
vuestro fuero al suyo igual,
asi no le trataríais,
pues que bien procuraríais
el cuello huir del dogal.

Mas se mide gran distancia
entre una y otra existencia;
por eso vuestra inclemencia
juzgando con arrogancia
sus desmanes, de su vida
le privais como á un villano.

(*Deteniéndose sobre cogido.*)

Pero ya viene; en su mano

brilla el puñal homicida.

(*D. Fruela aparece por el fondo en un estado de agitación extraordinario, blandiendo ensangrentado en su diestra el arma fatal. Al ver al carcelero retrocede aterrorizado, extendiendo sus manos hacia él.*)

ESCENA ÚLTIMA.

D. FRUELA, OMAR.

FRUELA. ¿ Quién sois y qué queréis ? ¿ De mi tormento venís á ser el único testigo ?

OMAR. ¡ Líbreme Dios, señor !

FRUELA. (*Recordando.*) ¡ Ah ! ¿ Estás conmigo Omar ? Ya te conozco, sí. En momento tan terrible la vista oscurecióse; abandonome el ánimo, y veía á mi hermano espirando en la agonía mas horrible.

(*Pausa.*)

¡ Por Cristo, ya alejose sueño tan malhadado y pavoroso !

Ya puedo respirar tranquilamente.....

(*Serenándose poco á poco.*)

Ya afluyen los recuerdos á mi mente; á coordinar ayúdame celoso mis ideas..... Mas oye ¿ no has sentido alguna confusión desde esta estancia ?

OMAR. Apesar de mi experta vigilancia ruido alguno hace mucho que no he oido.

(Mentiré por su bien y por mi vida.)
(*El rey vuelve á entrar en su anterior estado de excitación que irá creciendo por grados.*)

FRUELA. Mira el puñal con que le he dado muerte.
(*Enseñádoselo.*)

¡ Aun yace ensangrentado por mi suerte !
(*Mirando á los calabozos.*)

Aléjate de mí, sombra querida.
(*A Omar.*)

¿ No lo ves ? Se aparece nuevamente ante mi vista oscura y macilenta.

(*Dirijiéndose al fondo.*)
Perdóname, mi hermano, tan cruenta acción. Arrepentido humildemente hoy suplico, pues soy bien desgraciado.
(*Cae en una especie de abatimiento del que sale enseguida.*)

Mas la sombra se fué, vana quimera.
(*Arrojando el puñal al suelo con desesperación.*)

Léjos de mí, que si por ti no fuera,
no hubiera yo este crimen consumado.
Siento un vértigo ardiente que me asalta;
un volcán que me invade la cabeza;
se va extinguiendo ya mi fortaleza,
y mi antiguo valor casi me falta.
Mi firmeza é inquebrantable brio
me abandonan..... Mi voz ya desfallece
y una nube de sangre me oscurece
la vista. Ten piedad de mí, Dios mio.....
Aleja de mis ojos ese herido
espectro que me mira amenazante.....

No abandones mi ser en este instante.

Yo muero.... Ya... mi... es... pí... ri... tu...
he.. per.. di.. do.

(*Al concluir este verso desfallece y Omar corre á su encuentro para evitarle dé en el suelo. Cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de descanso en el alcázar del rey D. Fruela, en Oviedo; puerta al foro y otra á la izquierda, que da á las habitaciones interiores de aquél. Al mismo lado una mesa cubierta con un hermoso tapete color carmesí, y cerca de ella un sillón adecuado á la época, así como los demas muebles que deben aparecer en este salón, que serán pocos pero bien distribuidos. Empieza á amanecer.

ESCENA I.

D. SANCHO SILO RUIZ Y FROMESTANO embozados, hablan misteriosamente cerca del fondo. D. FULGENCIO sale por la puerta lateral, haciéndoles señas para que se acerquen á él. Aquellos lo efectúan, andando con gran precaución.

FULG. (*Muy bajo.*) El rey descansa al presente; podeis hablar con franqueza pero cautelosamente, pues si oyera, con presteza

haría volar mi cabeza.

(Señalando á la habitación de donde ha salido.)

Yo aquí observaré su sueño
con excesivo cuidado;
de su voluntad soy dueño
por ahora, y de contado
estará bien vigilado.

Si llegase á vuestro oído
algun lejano silbido,
alejaos de aquí al instante;
es el signo convenido
para avisaros. Constante
en mi deseo de serviros,
adopto mis precauciones;
no bastan solo razones,
cuando pesan en vampiros
de tan perversas pasiones.

SANCHO. Gracias, Fulgencio; mi alma
os pagará esta bondad;
á vuestra sagacidad
debemos ahora la calma
que nos rodea.

FULG. Por piedad,
guardaos de su asechanza
con vuestra habitual prudencia
y trabajad á conciencia,
pues muy pronto su pujanza
sucumbirá á su impotencia.
(Salúdalos afectuosamente y vase por donde salió.)

ESCENA II.

D. SANCHO SILO RUIZ, FROMESTANO.

FROM. Atroz, fuerte sensación
ocupa mi pensamiento;
me anonada la razón
y con sobrado tormento
me destroza el corazón.
Berengaria, vuestra hija;
esa estrella refulgente,
yace hoy miserablemente.....

SANCHO. Por Dios, no sigais; prolija
en beneficios mi mente,
no concibe á la verdad
resolucion tan tirana.
¿ No es esto una iniquidad ?
¿ De qué leyes, pues, dimana
tan feroz perversidad ?
D. Fruela, tigre insano
de sangre y muerte sediento,
apoderáse inhumano
de cuanto cuadra á su intento
en este mundo tirano.
No hay honradez ni pureza,
todo lo ultraja el monarca,
y en su marcada impureza
al noble y vasallo abarca,
tratándoles con dureza.
Su carácter vengativo

le mortifica cruelmente;
sospecha continuamente,
igual del prócer altivo
que del súbdito inocente.
Vos mismo, cual yo, sabeis
los grandes males sin cuento
que su corazón cruento,
en el alcázar que veis,
produce á cada momento.
La sangre de sus vasallos
por su crueldad derramada,
clama á Dios hoy exaltada,
y para poder vengallos
hay que apagar su mirada.

FROM.

Sí, sí, no hay otro recurso;
ya el plan tenemos trazado;
muera sin ley ni concurso,
y así pronto habrá expiado
de su existencia el trascurso
fatal. El pueblo algún día
disculpará nuestro crimen,
y es cierto que en su alegría,
no olvidará á los que gimen
por su odiosa tiranía.

Yo, señor, un día en verdad
su corona defendí
con excesiva lealtad;
pero su perversidad
alcanzome y de él huí.
¡ Por Cristo ! No olvidaré
la escena que márgen dió,
á que abandonara yo
la fé que antes le juré

como soldado. Prestó oído á ciertas versiones, y la tomó ¡ vive el Cielo ! con mi padre, cuyo celo por su causa, aunque razones habia para ello, desvelo semejaba mas.

SANCHO.

¡ Ingrato !

¿ Cómo pagó su bondad ?
Contadme la realidad del hecho.

FROM.

Con gusto acato

vuestro agradale mandato.
Oid, pues, nuestra desgracia.
De su guardia capitán designome, y en mi afán de alcanzar siempre la gracia de mi rey, todo desmán alejaba de mi lado, y cumplia con mi deber.
Mi padre, ayo afortunado al principio, de su amado dueño y señor, sin perder ocasión le aconsejaba; mas D. Fruela no atendió al que solo procuraba su bienestar, y acertó, porque á su gusto cuadró, su paso por esta vida.
Por sospechas solamente le juzgó cual confidente de Wimarasio; enseguida me hace llamar bruscamente,

á mi padre entristecido
me entrega, exclamando: « Al punto
á este servidor vendido
que á mi mal solo ha servido,
condúcele á tí muy junto,
sin ninguna compasión,
á un oscuro calabozo. »

Tan fatal resolución
revelome, sin embozo,
su criminal intencion.

Un fuerte estremecimiento
invádeme á tal demanda;
mi padre prevee mi intento,
y exclama con triste acento:
« Obedece, el rey lo manda. »
Resígnome á esta sentencia;
encierro al que me dió el ser,
y abandono su obediencia
para no mas padecer,
el dia de la ocurrencia.

Desde entonces rencoroso
alimento mi venganza;
tengo una gran esperanza
en que lograré, gozoso,
exterminar su pujanza.

Mi odio, que en él se concentra,
es ya devorador fuego,
des que he sabido que ciego
mi padre ha mucho se encuentra,
por disponerse así luego.

SANCHO. Basta, Fromestano amigo;
teneis de sobra razón,
para esta conjuración

sostener así conmigo,
en justa compensación
al inicuo y cruel tormento
que en malhadado momento
D. Fruela aplicó irritado,
al que fué de ayos dechado
y de su misión portento.
Esto costará al monarca
algunos años de vida;
hoy su causa está perdida,
y aunque con fiereza abarca
su poder, la ya extinguida
real influencia en la Corte,
mengua su raza al presente;
y es preciso que se acorte
segura y radicalmente,
mas aun, por deficiente.
No hay mas que una humanidad
y aquel que vence es su dueño;
mientras él tranquilidad
goza, durante su sueño,
preparémonos; marchad.

FROM.

Sí, marchemos sin tardanza
á preparar el ataque;
me halaga bella esperanza,
pues el rey está ya en jaque
y pronto el mate le alcanza.
(*Vase por el foro y D. Sancho Silo Ruiz
le sigue.*)

ESCENA III.

D. FULGENCIO, saliendo nuevamente por la izquierda.

Ya se alejan ¡ terrible coincidencia !
El rey sueña con la eternal partida;
quéjase de tener el alma herida
por los remordimientos de conciencia.
Contempla por do quier duelo y tristeza;
nada á su corazon rinde contento,
y es de fuego ¡ gran Dios ! hasta el aliento
que da vida á su ser..... Loca cabeza
que pudo con cariño y con dulzura,
hacer feliz al pueblo que en sus sienes
colocó porvenir, amor y bienes.
La copa, hasta las heces, de amargura
agota en el silencio á cada paso,
tranquilidad finjiendo ante sus deudos;
pero ellos acarician de sus feudos
la posesión contra el temible acaso,
y protestan al rey lealtad constante;
ofreciendo recursos y sus vidas,
que pudieran mas tarde ser vendidas
á mayor rendimiento. Desconfiante
al presente me encuentro, pues lo mismo
me obliga á efectuar bien con frecuencia,
odiando cada vez mas su existencia.
El terrible y oculto parasismo
que me hace descuidar hoy su ventura,
es pensar que ya libre de su esposo

Doña Munia, quizás pueda gozoso
yo solo el dueño ser de su hermosura.
La muerte del monarca ya retumba
por todo el territorio; mas no obstante,
mucho podria alcanzar si algo atenuante
presentase á sus hechos.....

*(Quédase un momento pensativo, y despues
añade con desaliento.)*

Ya una tumba
abierta por su mano; ya castigos
impuestos á quien culpa no le alcanza,
son los pesos que siempre la balanza
de su justicia, arroja á sus amigos.
Su fin es desastroso, no hay remedio;
vive para morir abandonado;
el mismo pueblo que antes le ha aclamado
pone para su fin seguro medio.

(Mirando hácia la izquierda.)

Mas la reina diríjese á esta estancia;
soy feliz, la podré hablar en secreto;
sé prudente, Fulgencio, y muy discreto;
depón por un momento tu arrogancia.

ESCENA IV.

D. FULGENCIO, DOÑA MUNIA.

MUNIA. Dios os guarde, Fulgencio.

FULG. *(Inclinándose.)* Humildemente
bésos los pies.

MUNIA. ¿ El rey se ha levantado ?

FULG. En su cámara aun no se ha escuchado su acento.

MUNIA. (*Dirijiéndose hácia la puerta lateral.*)
(Descansad tranquilamente; os vela como siempre vuestra esposa.)

(*A D. Fulgencio.*)

¿No sabeis, por ventura, lo ocurrido en palacio?

FULG. ¿Respecto del olvido del duque de Aquitania?

MUNIA. Justo.

FULG. Odiosa es su conducta. Desde su Adosinda prefiriendo á su amor el del infante, rechazole no solo como amante sino esposo tambien, tanto á la linda jóven, como al augusto soberano, juroles odio eterno.

MUNIA. Triste efecto el de su tan diabólico proyecto.
¿Ignora el viejo duque que á su hermano no consintió D. Fruela tal enlace?
¿Desconoce asimismo que D. Zuria, de Adosinda cruel padre, por su furia dominado, espantoso desenlace imprimió á tal amor? ¿Qué mas queria?
¿Ser de grado ó por fuerza el elegido?
Por Dios, que es demasiado fementido en su mas que rencor, loca manía.

FULG. Mas olvidad tal ente, gran señora; dedicaos por completo y con destreza á domar del monarca la braveza.
Este pueblo que en masa ya os adora,

seguirá vuestra enseña en la victoria.
Yo os prometo también mi valimiento,
y á la par volveremos el contento
al reino, que cubierto antes de gloria
hoy decae en esplendor. El rey atado
ante vuestro dominio é influencia,
dedicaria completa su existencia
á complaceros siempre, y vos dechado
de virtudes, procuraríais atenta,
ventura al infeliz y al desvalido;
por lo que el pueblo asaz agradecido
de manteneros trataria contenta,
así como al monarca.

MUNIA.

Dios lo quiera.

Os prometo apoyar vuestro deseo.

FULG.

Mas precisa, señora, á lo que veo,
prometerme también.... (*Quédase cortado.*)

(Vana quimera
es pensarlo.) Una débil esperanza.....
Que podríais, en no lejano dia,
coronar por completo mi alegría
amándome.

MUNIA.

(De fijo la templanza
abandona mi ser en este instante.....
La ira mi paciencia ya consume.....)
¿ Qué decís ? ¿ Es así cual se reasume
la adhesión hácia vuestro rey amante ?

(*Breve pausa.*)

¿ Es esa la lealtad que habeis jurado
á su sagrada causa ? ¿ Así pagais
el favor que os dispensa, y olvidais
la privanza que de él habeis logrado ?
¿ Y sois vos el que adicto confidente

resolveis del Estado los negocios ?

(*Con ironía*)

Abandonarse el rey puede en sus ocios
á servidor tan noble y diligente.

FULG.

Perdonadme, señora; ya no puedo
la pasión que devora mis sentidos
por más tiempo callar; son los latidos
del corazón tan fuertes, que muy luego
destruirán por completo mi existencia,
después que he padecido por vos tanto.

MUNIA.

(*Con energía.*) Ni una palabra más.

FULG.

(*En tono amenazante.*) Mirad que cuanto
pasa aquí.....

MUNIA.

Basta ya. Si la conciencia
que juzga vuestros actos.....

FULG.

(*Interrumpiéndole.*) Yo no trato
de ofender el criterio que os dió el Cielo.
Respetad así el mío.

MUNIA.

(¡ Oh Dios, qué celo
demuestra en su favor !)

FULG.

Yo haré el relato
cual me cuadre, si dais al rey noticia.
¿ No sabéis que mi voz él la respeta,
y que todo su ser en mí concreta
cuando impone al que falta la justicia ?
¿ Olvidado habéis ya que el gran resorte
que influyó demasiado en vuestro esposo
inclinándole á vos, cuando furioso
trató de asesinar á su consorte,
es el que ahora herís con desenfado ?

MUNIA.

Ya os comprendo; queriais con mi deshonra
comprar mi libertad. Mas es mi honra
lo primero que debo á mi cuidado.

FULG. No contrarieis del todo mi deseo.
MUNIA. ¿Y vos creéis, que acaso en evidencia
no podría poner la negligencia
de que aquí haceis alarde, según veo?
Si quisiera, á una voz mi servidumbre
se hallaría en este punto sin tardanza.
Retiraos, os lo mando.
FULG. (*Desesperado.*) ¡Ay esperanza!
Quiera Dios, Doña Munia, no vislumbre
punto débil de hoy en adelante;
¡ay de vos si consigo seais vencida!
No pararé hasta veros abatida,
á mis plantas llorando suplicante. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MUNIA.

¡Mentira me parece! El confidente
de mi esposo, el galante caballero
que á D. Fruela en servir es el primero
¡le hace traición de un modo tan patente!
¿Qué pensara el monarca si esto viera?
Me encuentro, por demas, sobresaltada.
Quisiera darle cuenta detallada
aunque en el alma luego lo sintiera.
Mas mi esposo se encuentra dominado
por su bien refinada hipocresía,
y mientras, torturada el alma mia
ha de oír su lamento enamorado.
¿Porqué he de contener esta amargura?

¿ Porqué he de someterme á este tormento ?
¿ Porqué? Porque el monarca, de momento,
fuera capaz de hacer una locura.
Ten calma, corazon, sé sobrehumano;
domina tu dolor y tu tristeza;
á perder no me obligues la cabeza;
pues sobrada infeliz soy de antemano.
El rey me sacrifica á su capricho;
á veces tengo que escitar su ira,
lanzándole á la faz una mentira
que despues ya sostengo, pues la he dicho.
Esclava de mi honra, la defiando
ante el vil que pretende enlodazarla;
conseguir no podrá despedazarla
alguna vida yo tener pudiendo.
Mas si el norte fugaz de mi esperanza
alumbra mi pesar con la victoria,
veremos D. Fulgencio, vuestra gloria;
veremos á do va vuestra pujanza.
Siento pasos, el rey se ha levantado;
(Fijando su atención en la puerta lateral.)
preciso es que yo escuda su presencia,
pues por decirlo todo, mi impaciencia
echáralo á perder, por de contado.
*(Va á salir precipitadamente, pero antes de
conseguirlo entra el rey.)*

ESCENA VI.

DON FRUELA, DOÑA MUNIA.

FRUELA. Salud, mi bella deidad.

MUNIA. ¿ Os marchais ?
(*Sorprendida.*) Yo..... No señor.
(*Maldita casualidad.*)

Pensaba en vuestro dolor
tan continuo, á la verdad.

FRUELA. ¡ Ay Munia del alma mia !
Vos sola sois mi consuelo;
en la tierra sois el cielo
que endulzando mi agonía
mitiga mi desconsuelo.
Sin vuestro halago y cariño
¿ á quién me podría entregar ?
Hoy ya no puedo confiar
en nadie; soy cual un niño,
sin poder para mandar.
¿ Porqué, fortuna, has querido
lanzarme á tales extremos ?
¿ Qué mortal que haya vivido
mis años, habrá sufrido
tanto como yo ?..... Veremos,
hermosa y amada mia,
hasta donde el cáliz lleno
de amargura y de veneno
puedo apurar..... Mi alegría
murió al nacer en su seno.

MUNIA. No os exalteis, tened calma;
tranquilizad vuestro pecho;
dad aliento á vuestra alma,
y de todos á despecho,
sostened vuestro derecho.
Alejad esos temores
que vuestro espíritu asaltan;
apagad esos clamores

que á vuestro prestigio faltan
y menguan vuestros honores.
Fuerte á la sospecha ruín,
montad brioso corcel,
y en continuado tropel,
cazad y correr sin fin
cual de hierro paladín.
De militares clarines
al compás, el pensamiento
huye del abatimiento,
y las concepciones ruines
se desprecian al momento.
Eso os cuadra en mi opinión;
movimiento, actividad,
ligereza, agilidad,
y continúa distracción
que os agrade en realidad.
Vuestra esposa ha de sentir,
gozándose en vuestro bien,
el que á vos ha de afluir,
y ese goce será eden
que calmará su sufrir.

FRUELA. Sois un ángel de ternura;
y pensar que á vuestra vida
quise yo dar sepultura.....
Perdón, esposa querida;
cruel me hizo ser mi amargura.
Vos sabéis que los villanos
que emprendieron esta obra,
sus esfuerzos sebrehumanos
á vos dirijian. De sobra
está probado. ¡ Tiranos !
Querian vengarse de vos

y acudian á vuestro esposo,
pintándole peligroso
vuestro cariño. ¡ Por Dios,
que he sido asaz venturoso !

(*Pausa.*)

Pero como la inocencia
siempre aparece valiente
despreciando la existencia,
vos así resplandeciente
fuísteis ante mi conciencia.
Os doné la libertad,
castigando al fementido
que holló vuestra dignidad;
y hoy soy feliz, en verdad,
de vos, cual siempre, querido.
Cuento sumamente avaro
vuestra existencia preciosa,
como un tesoro muy caro
á mi dicha, y vos ganosa
de ella, luchais valerosa
con mis pesares.

MUNIA.

Señor,

dad al olvido el pasado;
no os cuideis del que menguado,
para llamaros traidor
atropelló vuestro honor.
Ya con sobrada justicia
le aplicásteis el castigo.
Ahora debeis con pericia
distraeros.

FRUELA.

¡ Ay ! Conmigo

reñida está la delicia.
Siempre seré desdichado.

MUNIA. ¿ Porqué aducir tal sentencia ?
¿ Creeis no tienen conciencia
los que por vos han jurado
sacrificar su existencia ?

FRUELA. Oid, Munia; mis soldados
con la sujeción que exijo,
están á los diablos dados,
y no es extraño, de fijo,
que puedan ser sobornados.
Mis deudos, mis caballeros
y mis vasallos mas fieles,
hoy son piezas de tableros,
que manejan los infieles
que quieren hollar mis fueros.
Si vencen somos perdidos;
pero si son derrotados
y sus golpes ven fraguados,
muy pronto de muerte heridos
serán en público ahorcados.

(*Pausa.*)

Mas, dejadme unos momentos;
deseo estar solo, señora.

MUNIA. (¡ Oh Dios, vuelven los lamentos !
Sus incesantes tormentos
le matarán de hora en hora.)
(*Hace una reverencia al rey y se marcha.*)

ESCENA VII.

DON FRUELA.

Ya estás solo, ser inícuo;

aleja estas fuertes voces
que tu conciencia atormentan
con sus fúnebres clamores.....

(*Pausa.*)

¡ Qué noche tan horrorosa !
¡ Válgame Cristo, qué noche !
El peso de los recuerdos
me anonada y descompone.
Todo lo que me rodea
parece gritarme á voces:
« ¡ Fratricida ! ¡ Fratricida !
Tu has de pagar tus traiciones..... »
Y es cierto, he sido un tirano;
con mis ímpetus feroces
he hollado, sin ley ni fuero,
lo mas sagrado del hombre.
Mas por Dios..... Alguien se acerca.....

(*Mirando á su alrededor.*)

No, no..... Son vanos temores
que asaltan mi loca mente,
imaginarias visiones.
Mi conciencia me castiga
con recuerdos tan atroces,
que mi cabeza trastornan
y á volver loco me exponen.
Quiero reir y no puedo,
reduciéndose mi goce,
á censurar mis medidas
é infames disposiciones.

(*Hace una pequeña pausa.*)

Hoy se cumple un año justo
de mi crimen, esta noche.....
¡ Quitar la vida á un hermano

en la edad de los amores !
¡ Oh, Wimarasio adorado,
á mis ojos tus facciones
se me presentan airadas,
lanzándome cruel reproche !
¡ Wimarasio ! ¡ Wimarasio !
Presta oído á mis dolores;
no me niegues tu indulgencia;
perdona al que fué tu azote.....

(*Pausa.*)

¿ De qué me vale mi reino ?
¿ De qué esta sangre tan noble,
si por doquiera que miro
todos son odios, rencores ?
¡ Oh, si pudiera encerrarme
en las ocultas mansiones
de un claustro, con qué contento
haría la vida del monge !
Sí, sí, la túnica régia,
esa vestidura noble,
dice claro al que la ciñe:
« No hagas lo que se te antoje;
respeta lo que es sagrado;
la furia de tus pasiones
detén, ante la humildad
de tus pobres servidores,
que llenos de gratitud
bendecirán tus acciones. »
Y yo ingrato, que olvidé
unos consejos tan nobles.....
(*Oyese ruido lejano de voces por la iz-*
quierda.)
Mas oigo rumor de gente

en mis cuartos interiores.....

(*Mirando hácia dicho lado.*)

Búscanme los de servicio
que vienen á tomar órdenes. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GONTRANDO, BERENGARIA, vestida pobremente.

GONT. Entremos, niña hermosa, ya se aleja;
desahogad vuestra pena y sentimiento,
que quizás pueda yo daros aliento
ante el mal que os persigue y os aqueja.
La custodia de vos me está confiada;
os he tratado siempre con dulzura,
y al miraros sufrir tanta amargura
mi alma se ha sentido lastimada.

BERENG. Sí, Gontrando, teneis un alma noble
y siempre os he contado como amigo,
pues aunque carcelero sois, conmigo
habeis desempeñado un papel doble.
Mi pobre juventud encarcelada
he pasado, en terrible incertidumbre;
sumida en el dolor y pesadumbre
que causa mi fatídica morada.
Léjos de mi familia, de los seres
para mí mas queridos en el mundo;
en ese calabozo tan inmundo
separada de encantos y placeres.
¿ Y es vivir esto ? Ah, no, vos lo sabeis.
¿ De qué vale la vida sin contento ?

Para mí todo es triste, y el tormento
apaga mis sentidos.

GONT. Bien podeis
implorar del tirano la clemencia.....

BERENG. ¡ Imposible ! ¡ Jamás ! Antes prefiero
morir atravesada por su acero.

GONT. ¿ Y en tan poco estimais vuestra existencia ?

BERENG. ¿ De qué vale halagar una esperanza
y forjarme mentidas ilusiones,
si el monarca embriagado en sus pasiones
me separa de toda bienandanza ?

¿ Puede hacer algo el pájaro abatido
en poder de su desconfiado dueño ?

GONT. Persistente delirio, triste sueño
que os causa vuestro pecho enardecido.
¿ No sabeis que D. Fruela va marchando
con paso agigantado hacia la muerte ?

BERENG. Silencio, por piedad; temo á la suerte
de encontrarnos aquí.

GONT. Podeis, confiando
en mi juicio, vivir despreocupada.
Ahora mismo, si el rey aquí viniera
y de pronto ante vos apareciera,
yo prometo salvaros; su alma helada
dejaría, sin tardanza, lo que oyese.

BERENG. Pues bien, ya que confianza me prestais,
y con tanto tesón asegurais
mi salvación, si descubierta fuese,
oid la parte triste de mi historia;
triste como la tumba en que sustento
mi existencia, la cual hasta el aliento
me consume, embotando mi memoria.
(Quédase un momento pensativa y despues

añade:)

Quince abriles mi edad constituían;
mis padres con extremos me halagaban;
sus caricias mi pecho subyugaban
por completo, y así me consentían.

Tierna como la tímida avecilla
agena á los placeres mundanales,
del amor los poéticos raudales
nunca coloreaban mi mejilla.

Feliz hasta lo sumo en mi inocencia,
mi dicha se basaba en mi ignorancia;
para mí la escasez era abundancia;
así me lo hacia ver mi inexperiencia.

Mas tarde conocí ya á Fromestano,
noble y hasta lo sumo generoso;
su talante gentil, caballeroso,
aceptable me presentó su mano,
despues de conccer su sentimiento;
siendo tal elección muy ventajosa,
pues sabeis, como yo, lo muy dichosa
que seré cuando vuelva á mi contento.

¿Qué faltaba á mi dicha ya naciente?

¿Tranquila mi existencia no corría?

¿Porqué tanta belleza y alegría
se habian de marchitar tan de repente?

(Pausa.)

La estación mas hermosa de la vida
coloreaba las plantas y las flores,
y admirando sus límpidos colores
me hallaba una mañana yo embebida.

En alas de su dicha el pensamiento
en bellas concepciones solazábase,
y mi ser, extasiado, conceptuábase

sin ejemplo feliz, en tal momento.

Mas muy luego, mi padre conmovido, me dice que á partir voy enseguida al alcázar. « ¿ Qué ocurre ? ¿ A esta partida no puedo renunciar, mi ser querido ? » « No hay remedio, contéstame, el monarca así lo quiere; mas yo te prometo que será desde hoy punto de objeto de cuanto en su rencor mi saña abarca. » No tardose en cumplir mi cruel sentencia; se efectuó mi traslado sin tardanza, y agotándose ha ido mi esperanza lentamente, agobiando mi existencia. Ni halagos, ni placer, nada me alegra; al presente soy harto desgraciada, y no dudo que ya desesperada á ésta sucumba soledad tan negra.

GONT. ¿ Olvidais, por ventura, á Fromestano ?
¿ No sabeis que por vos sufre y padece ?
Y que si vuestra vida le enloquece,
vuestra muerte.....

BERENG. Callad, querido hermano.

GONT. (*Dirijiendo la vista á la puerta de la izquierda.*)

Alejaos, señora, hácia aquí viene D. Fruela; á vuestro encierro sin cuidado, y si os llama, lo tengo ya pensado, suplicarle debeis, eso os conviene.

BERENG. (*A mi Dios lanzaré mi humilde ruego porque alcance de él cuanto le pida.*) (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON FRUELA, GONTRANDO.

FRUELA. Exijo que al momento se me diga lo que buscas aquí.

GONT. (*Inclinándose.*) Señor, muy luego lo pondré en vuestro real conocimiento.

La hermosa Berengaria quiere hablaros.

FRUELA. (*Con ansiedad.*) ¿Mis súplicas oirá?

GONT. (*Algo aturdido.*) E...lla...á... escucharos está dispuesta.

FRUELA. Márchate al momento y hazla comparecer á mi presencia.

GONT. (¡Qué tirano y qué cruel es este hombre!

¿De qué le vale tan ilustre nombre si corazón no tiene ni conciencia?)

(*Vuelve á inclinarse y vase.*)

ESCENA X.

DON FRUELA, paseando la escena al mismo tiempo que dice las dos primeras estrofas.

¿Qué me vendrá á suceder?

A puertas de mi palacio
excesiva gente he visto,
formando un grupo compacto.
Mi pecho late con fuerza,

y un presentimiento extraño
embarga mi pensamiento.....

¡ Qué me pasará, Dios santo !

(*Se sienta abatido.*)

Fatídicas predicciones
no hace mucho, un ermitaño
hizo de mis días postreros.

Y sino voy ahora errado,
se acercan ya los momentos
en que aquel pobre insensato
señalome triste muerte.....

¡ Habrá presagio mas vano !

(*Levántase, exaltándose por grados.*)

Me encuentro con mucho brío,
y resistir los amagos
sabré, como cumple á un rey
descendiente de Pelayo.

Vengan, pues, mis enemigos,
que con mi potente brazo,
haré tronchar su existencia
para escarnio de villanos.

Si me atacan por delante
se pierden, por decontado;
si á traición, les sentaré
hasta que pueda, mi mano.

(*Vuelve á caer en el mismo abatimiento
que antes.*)

Mas ¿ porqué tanta sospecha
y vivir tan agitado ?

¿ Porqué mi imaginación
ha de ser inmenso caos ?

(*Pausa.*)

Tengo miedo de mí mismo;

la sombra de Wimarasio
me persigue á todas partes,
sin concederme descanso.
¡ Oh, si á costa de mi vida
pudiera resucitarlo !.....
¡ Con qué placer la daría
para hacer tan noble cambio !
Mi padre desde los cielos
me grita: « Ser desdichado,
tu cetro está enrojecido
con la sangre de tu hermano. »
*(Al concluir esta estrofa se sienta abru-
mado en el sillón, apoyando la cabeza entre
sus manos. D. Aurelio entra por la puerta
del foro, y al ver al rey en este estado se
detiene, contemplándolo algunos momentos.)*

ESCENA XI.

DON FRUELA, DON AURELIO, desde el foro.

AURELIO. Abatido al parecer
y por demas cabizbajo,
se halla al presente el monarca.
¿ Qué pasará al soberano ?
El que siempre blande fuertes
castigos en ambas manos,
para aquellos que delinquen
ante su voz ó en su Estado
¡ hoy tan pensativo y triste !
¿ Si se habrá enterado al cabo

del golpe que, tan seguro,
le tenemos preparado?
Si fuese así, ya hay motivo
para perder todo el ánimo
y hasta la tranquilidad.
Me acercaré y de contado
pedirele mil perdones,
si es que me demuestra agravio.
(*Adelantándose hacia D. Fruela.*)
Señor, el Cielo os conserve
ese ser que adoran tanto
vuestros súbditos mas fieles.

FRUELA. Dios para siempre loado
sea, por su benignidad,
en concederme este rato
al lado tuyo. (*Levantándose.*) Hace días
deseaba hablarte despacio.

AURELIO. A vuestras órdenes siempre
estoy, señor.

FRUELA. (*Con sigilo.*) Creo que extraños
no te serán los rumores,
sobre tener preparado
para no lejano tiempo,
un ataque mis contrarios,
no solo á mi real persona
sino tambien á mi Estado.

AURELIO. Ignoro tan desastroso
y vil proyecto. ¡ Villanos !
Si á su rey guardan rencor,
ante su trono postrados
hagan presente sus cuitas,
y entonces el soberano
escuchando sus razones

con su criterio elevado,
pronunciará su sentencia
haciendo gracia ó negando,
aquello que justo fuere
ó injusto á su real agrado.

FRUELA. ¡ Por Cristo, que ignorarás
lo que sufro ! El cruel é ingrato
destino, no cesa nunca
de cebarse en mí irritado.
Mis mas fieles servidores
sublevánse hoy á mi mando,
y abandónanme á la suerte,
de mí huyendo con espanto.
De Aquitania el viejo duque
mi llamada ha despreciado;
el jóven conde Rosmundo,
mi mas adicto vasallo
antes, rebélase ahora
tambien contra el soberano.
En resúmen, á mis deudos
voy con empeño llamando,
y á escepción de algunos pocos
que á su rey no han olvidado,
los demas sordos han sido
á mi severo mandato.

AURELIO. ¡ Vive Dios, que pronto olvidan
la obligación que han jurado
cumplir ! Si los castigárais
con rigor, los desalmados
clamarian en contra vuestra,
llamándoos asaz tirano.
Mi gente fiel permanece
y se hallará á vuestro lado.

Podeis confiado llamarla,
cuando creais necesario
su auxilio.

FRUELA.

Gracias, Aurelio;
me acordaré cuando el caso
llegue, de tu ofrecimiento.
Ya sabes que el Califato
de Córdoba, no hace mucho
los árabes han fundado.
Deseosos de obtener
gloria, y renombre preclaro,
dos notables correrías
en mis tierras han llevado
á cabo, por su desgracia;
pues han sido derrotados
en ambas. Esta ciudad
sabes que se ha levantado
tan solo con los despojos,
que victoriosos ganamos
en ambas contiendas. Puede
que no hayan escarmentado,
esos hijos del Desierto
aun, de estos descalabros,
y preparen nueva entrada
en mis tierras. Obligado
me veré entonces, Aurelio,
á exigirte sin recato,
esas tropas que á tus órdenes
sirven con tanto entusiasmo.

AURELIO.

Hállanse siempre leales
á vuestro augusto mandato,
y pelearán cual leones
cuando precise. Halagarlos

si es necesario sabré.

(A evitar cualquier amago
debo marcharme enseguida.)

Ahora bien, si el soberano
nada tiene que ordenarme,
retírome á mis soldados
revistar.

FRUELA.

Mi buen Aurelio,

Dios te guie. Dame tus brazos.

(*Abrázanse.*)

No olvides que en ti confío.

AURELIO.

Señor, podeis descuidado
contar con el servidor

que os ama y defiende tanto.

(*Inclínase y vase por donde entró antes.*)

ESCENA XII.

DON FRUELA.

Ya vivo satisfecho;

Aurelio me promete con su pecho
volverme á mi contento.

Cuando llegue el momento
de mis armas medir con los traidores,
veremos á do llegan sus ardores.

Confíemos, por lo pronto, en el destino;
la victoria va abriéndome camino.

(*Gontrando y Berengaria aparecen por el
fondo, al pronunciar el rey el último ver-
so. El carcelero hace una seña á la joven*

para que se acerque al monarca, y él se marcha. Berengaria va hácia D. Fruela, y arrojándose á sus pies le dice:)

ESCENA XIII.

DON FRUELA, BERENGARIA.

BERENG. Perdonadme, señor, mi atrevimiento;
atended á mi súplica homildosa;
vuestra alma en exceso bondadosa
calmará, de seguro, mi tormento.
Hace tiempo que sufro sin consuelo
la pérdida del bien que antes tenía,
y al sepulcro camino de dia en dia
acortando mi vida en este suelo.
Irritado se muestra mi destino.....
¡Quiere hacerme morir tan olvidada!
Señor, yo espero mucho en vos confiada,
que me separareis de este camino
que hace tiempo recorro delirante.

FRUELA. No es posible, querida Berengaria,
sacaros de esa loza funeraria,
si á mi voz no prestais oido amante.
(*Levantándola.*)
Sistemática haceis la resistencia
que á mi voz oponéis con genio fuerte.
No os infundo temor; pero la muerte
hará finalizar vuestra dolencia.
En cambio, si colmais hoy mi esperanza
y calmais la pasión que me devora,

dueña de mi palacio, desde ahora,
sereis reconocida. Sin tardanza
existirá mi espíritu tranquilo;
vos misma endulzareis su intransigencia,
y vereis como ejerzo yo clemencia
con aquellos que al rey niegan asilo.
Condescended á lo que yo os propongo;
mirad que así en el reino mucho hareis,
y á mano llena el bien prodigareis
por do quiera; yo á esto no me opongo.
(*Entusiasmándose por grados.*)
Dispondreis de mi trono y mi corona;
calmareis mi dolor y mi tristura;
desechad de ese rostro la amargura.....
(Ni una palabra en mi favor me abona.)
Vos sola mandareis en mis estados;
á vos se inclinará toda mi Corte,
y aunque en verdad no seais mi consorte,
todos vuestros deseos seran colmados.
Os prometo una vida de delicias;
no tendreis mas que goces y placeres;
sereis la mas feliz de las mujeres,
rodeada de halagos y caricias.
Ceñiré con placer en vuestras sienes
condal corona, y venturosa luego,
podeis volver la dicha y el sosiego
al que os otorgará crecidos bienes.

BERENG. ¿ Y esto decís, señor ? ¿ Y vuestra esposa ?
¿ Nuevo crimen fraguáis en vuestra mente ?
Alejad esa llama ya naciente
de vuestro pecho. Carga es onerosa
para un alma benéfica y cristiana,
el recuerdo de un hecho doloroso;

mas ¡ por Dios ! combinar otro horroroso
no es ya crueldad y sí locura insana.

FRUELA. Callad, de mi sosiego cruel tormento.....
¿ Qué os importan mi dicha ni mi pena ?
A ellas podeis estar del todo agena
si reforzais mi decaído aliento.

BERENG. (¡ No sé como he sufrido insulto tanto !
Prefiero antes quedarme prisionera,
á tener una vida placentera
al lado del que es causa de mi llanto.)

FRUELA. Haced lo que gustéis, amada mia;
largo tiempo de término os concedo;
si accedeis á mi súplica, yo accedo;
sino, se aprontará vuestra agonía.

(*Llamando.*)

Gontrando.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, GONTRANDO.

GONT. (*Apareciendo en la puerta é inclinándose.*)
A vuestras órdenes estoy.

FRUELA. Esta dama á su encierro sin tardanza;
procura que no exista ya templanza;
aumenta su tortura desde hoy.

BERENG. (*Postrándose y dirigiendo la vista al Cielo.*)
Adios, bella esperanza halagadora;
veloz desapareciste de mi pecho.....

Oh Dios tan bondadoso ¿ qué os he hecho
que me olvidais en tan terrible hora ?
(*Gontrando vuélvese para salir, y Berenga-*

ria se acerca á él.)

FRUELA. (¡ El infierno exaspera mi paciencia !.....

¡ Vive Dios, que ya sufro demasiado !

(Con desesperación.)

¡ Oh destino, feliz ó desgraciado

permíteme vencer su resistencia !)

(Al concluir este verso déjase caer en el sillón, nuevamente abatido, al mismo tiempo que salen por la puerta del foro Gontrando y Berengária. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Calabozo del castillo de Samos en que se halla prisionera Berengaria. A la derecha del actor y hácia el fondo una ventana con reja practicable; puerta al foro cerrada, cuya llave se encuentra en poder de Gontrando. Una cama de triste apariencia, dos bancos, una mesa y algunos enseres para comer y beber, son los muebles que decoran esta estancia, cuyo aspecto en general debe ser miserable y sombrío. Son las primeras horas de la tarde, y al levantarse el telón la jóven debe encontrarse sentada en uno de los asientos que se han citado antes.

ESCENA I.

BERENGARIA.

Fatalidad es la mia
negra cual mi ingrata suerte;
mi esperanza yace inerte,
pues el rey en su manía
ha decretado mi muerte.

Y morir tan solitaria.....
En tan completo abandono.....
Desgraciada Berengaria,
¿no ha de servirte de abono
el fervor de tu plegaria?

(*Levantándose.*)

Atiende, ¡oh Dios! mi razón.

Tú, con tu inmenso poder,
puedes pronto deshacer
este ludibrio y baldón
que sobre mí hacen caer.....

Quien á una sola palabra
al Orbe infundió la luz;
el que nuestra dicha labra
cuando á su deseo cuadra,
espirando en una cruz;
ese solo es mi esperanza;
en él cifro mi ventura;
el castigo sin tardanza
presentará su tortura,
al que halaga su venganza
en mi desdicha.....

(*Pausa.*)

Este mundo

tan solo miseria y cieno,
de su fatídico seno
arroja; todo es inmundo
y ficticio ó real veneno.
Cuando Fortuna afanosa
á un ser de dicha hace gracia,
en marcha vertiginosa
ya ha descubierto la fosa
de ciento ó mas, por desgracia.

Así el ingrato destino
va nuestro goce mermando;
con unos totalizando,
y á otros el vital camino
á cada paso angustiando.
Si es padecer el vivir
que termina con la muerte
¿para qué tanto sufrir?
No temamos á la suerte
y riamos al morir.
Del goce y la dicha en pos
vamos todos siempre en vida;
la dicha solo es de Dios,
y el goce que nos convida
(*Levantando la vista al Cielo.*)
tambien solo existe en vos.
Cuanto mas gozar logramos
despues tanto mas sufrimos,
y aunque olvidar pretendamos
el placer que antes sentimos,
siempre á su peso flotamos.
Por eso al pisar la Tierra
la tristeza nos saluda;
la alegría nos destierra
de su lado, y nos ayuda
á morir en cruda guerra
con ella; yo por desgracia
unida al pesar camino
hácia este fin; el destino
me ha concedido esta gracia
en loor á un desatino.
(*Gontrando aparece en la puerta del cala-
bozo, ostentando un papel en la mano.*)

ESCENA II.

BERENGARIA, GONTRANDO.

- GONT. Aun podemos contar una esperanza.
Este pliego que veis aquí en mi mano.....
- BERENG. ¿ De qué trata ? ¿ Veré yo á Fromestano ?
- GONT. Tal vez lo consigais; pero templanza
exígen los negocios del Estado,
aunque marche el asunto hácia adelante.
- BERENG. Mas decidme, ¿ sabéis do está mi amante ?
¿ El ingrato tal vez me haya olvidado !
(*Hace una breve pausa y Gontrando permanece impávido contemplándola.*)
Mi cabeza se ofusca; mis sentidos
espantosas visiones me presentan
que mis crueles dolores acrecientan.....
Los afectos del hombre son mentidos.
En sus pechos no existen corazones,
saben fingir un falso sufrimiento
de que se valen cual de un instrumento,
para siempre alcanzar sus peticiones.
Ofrecen lo que nunca cumplir piensan,
y cuando sus deseos los ven logrados,
por el triunfo que obtienen halagados
hacer lo que ellos quieren se dispensan.
(*No bien concluye de decir este verso, ábrese la reja de la ventana, y entra, saltando por ella, Fromestano, que se dirige á Berengaria, rodeándola por la cintura con su*

brazo izquierdo, cuya posición desaparecerá poco despues. La jóven queda un momento estática contemplando á su amado. Gontrando vase por la puerta del foro.)

ESCENA III.

FROMESTANO, BERENGARIA.

FROM. Bello eden de mi existencia,
teneis ya, sí, por mi vida,
el premio á vuestra paciencia.
Hoy mismo será vencida
del rey tanta intransigencia.

BERENG. Oh, mi amor, ¿ es realidad
ó sueño lo que yo siento ?
¿ Es vuestro el que aspiro aliento
ó ilusión que mi ansiedad
forja para mi tormento ?

FROM. Soy Fromestano, que amante
fiel, cariñoso, constante
y hoy mas que nunca rendido,
viene á deciros galante
que ya el monarca es vencido.
Que prepareis sin tardanza
vuestro mísero atavío.
Dios colma vuestra esperanza,
y el que con vos tan impío
portose, pronto muy frío
le haremos quedar.

BERENG. (*Radiante de alegría.*) El gozo

que embarga mi pensamiento,
ha menguado en el momento
mi pesar, y sin embozo
os hago ver mi contento.
No sabeis, mi bien querido,
lo mucho que yo he pasado,
viendo mi pecho asediado
siempre, por el fermentido
que aun mi pureza no ha hollado.
Mas ¿cómo hasta este recinto
habeis logrado llegar?

FROM.

Lo vais muy pronto á escuchar.
Llevo buen puñal al cinto;
y aunque es difícil luchar
con fuerza muy superior
como la que guarda al rey,
ante el oro que no hay ley,
se ha humillado el pundonor
de ésta, y nuestro es su valor.
Así pues, á media noche
será el decisivo ataque,
y lograrán el desmoche
del reino en este combate,
los que al rey han puesto en jaque.
Natura celebrará
tal ventura el nuevo día;
régia se presentará,
y en medio de su alegría
vuestras gracias realzará.
Gontrando, fiel confidente
nuestro, secunda oficioso
el plan que ya concluyente,
nos dará beneficioso

progreso siempre creciente.
Vuestro padre está también
en todo á este plan unido,
preparando el parabien
que ha de daros muy cumplido,
cuando de aquí hayais salido.

BERENG. ¡ El Cielo al fin se ha acordado
de mi pena y sufrimiento !

FROM. Sí, mi bien; tanto tormento
cesará por de contado
y será todo contento.
Esta fúnebre mansión,
en que el airado destino
encerró vuestra ilusión,
Dios ante vuestra oración
la borra de vuestro sino.
Ya era hora ¡ por mi vida !
de sacudir del tirano
el yugo.

BERENG.

Sí, tan villano

ha sido, que ya abatida
iba á morir á su mano.
Este traje tan raído
que veis mi cuerpo ceñir,
desde hace meses ha sido
el único que he vestido
dia y noche para vivir.
Pan con agua ha sido á veces
mi principal alimento;
yo le pagaba con creces,
pues á mas grande tormento
mayor vigor y contento.
Tan invariable tesón

el suyo desconcertaba,
y al verse en su pretensión
contrariado, se ensañaba
mas contra mi corazon.
Su continuo desvarío
le lanzó á decirme un dia
que mi decoro hollaría,
si es que el pecho amante mio
no daba al suyo alegría.
A tan marcada impudencia
perdí la serenidad,
y en medio de mi impaciencia,
contesté á su inconsecuencia
con entera dignidad.

FROM. No sigais, mi sangre hirviente
se agita ante tanto horror;
sucumba pronto el traidor,
que vuestro pecho inocente
quiso manchar con su amor.
El Cielo, mudo testigo
de su excesiva indolencia,
aniquila su existencia,
entregándole al castigo
que merece su inclemencia.

BERENG. No os ensañeis, amor mio,
del rey ante la desgracia;
quitadle su poderío,
mas nobles hacedle gracia
de la vida.

FROM. Es desvarío
pretender tal del monarca;
antes prefiere morir
que sin mando subsistir.

Si pierde el poder que abarca
¿ creéis que pueda vivir ?

(*Pausa.*)

No penseis, mi corazon
opónese á esta venganza;
detesto su destrucción
completa, mas nuestra alianza
pone freno á mi razon.

Si este mundo alucinado
en no lejano momento,
censurara cual presiento
nuestro proceder, borrado
muy luego seria el asiento
en el libro de la Historia.

Mas pensemos al presente
en la dicha que naciente
juguetea en mi memoria,
cual el alba sonriente.

Sí, mi bien, sereis dichosa
en brazos de Fromestano;
él os otorga su mano,
aceptándoos por esposa
lleno de orgullo no vano.

BERENG. Y yo asaz agradecida
á tan noble proceder,
(*Dejándose caer de rodillas.*)
caigo á vuestros pies rendida,
ávida de conocer
á vuestro lado la vida.

FROM. (*Levantándola.*) Alzad de la dicha esencia;
luz bella y resplandeciente;
contened vuestra impaciencia,
pues sereis eternamente

- dueña sola de mi mente.
- BERENG. ¿Será cierto, Fromestano?
¿No olvidareis algún día
que es la vuestra mi alegría?
- FROM. Nunca, os lo juro.
- BERENG. Mi mano
pura os entrego.
- FROM. (*Tomándola y estampando un beso en ella.*)
Alma mia,
no habrá en el mundo poder,
capaz de hacerme olvidar
al ser de mi vida ser,
y así os lo vuelvo á jurar
en medio de mi placer.
Pero con gran sentimiento
voy á dejaros, hermosa.
- BERENG. (*Con tristeza.*) No me olvideis un momento.
Pensad siempre en mí.
- FROM. No es cosa
difícil, según yo siento.
(*Con efusión.*)
¿Que os olvide es ya posible
si solo para vos vivo?
¿No soy yo el mismo que avivo
esta pasión?..... Imposible.
- BERENG. Seguid cual hoy, siempre altivo
en propósitos que hagais.
- FROM. (*Abrazándola.*) Adios, mi bien.
- BERENG. Sed feliz.
- FROM. ¿Y os juzgais vos infeliz
cuando lo que deseais
pronto acaccerà?
- BERENG. El tamiz

de mi esperada ventura
no está del todo aun corrido.

FROM. Confiad en mí y al olvido
dad vuestro temor.

BERENG. Me augura
mi pesar todo amargura.

FROM. (*Con sentimiento.*) Entristeceis mi alegría.

BERENG. ¡ Ah, perdonadme, bien mio !

Mi vida es vuestra.

FROM. Y la mia
se encuentra á vuestro albedrío.

Adios, hasta el nuevo dia.

(*Estampa nuevamente otro beso en la mano de su amada y se marcha. Esta, ahogada por los sollozos, no puede contestarle y lo contempla fijamente hasta que desaparece por la ventana. Gontrando entra en este momento y Berengaria al verlo no puede disimular la satisfacción que se apodera de ella. El fiel carcelero se detiene cerca de la puerta, respetando el dolor de la joven, mas despues se acerca á ella*)

ESCENA IV.

BERENGARIA, GONTRANDO.

BERENG. Entrad, buen servidor; la prisionera
que hasta ayer se juzgaba abandonada,
hoy cuenta ya su dicha asegurada
y rienda da al placer por vez primera.

Este goce que embarga mi sentido de vuestro celo en parte es resultado.

GONT. Noble dama, mi pecho rebelado ante tanta traición, ha delinquido faltando á sus deberes; mi conciencia así lo exige; basta de amargura; extíngase desde hoy tanta tortura, que pudo aniquilar vuestra existencia.

BERENG. Gracias, mi amigo; proceder tan santo no sé como pagaros; solo el alma, cuando goce de paz completa y calma, podrá premiar desprendimiento tanto. Permitidme, por Dios, esta licencia; quiero apreciar mas tarde este servicio; párias poder rendir á vuestro juicio, y hacer justicia á vuestra inteligencia.

GONT. Estas frases que halagan mis oídos, hijas de vuestro noble sentimiento, al par que vigorizan mi talento por completo, enagenan mis sentidos. Con ellas mi conducta está pagada; y siempre me será grato recuerdo haber contribuido á que este acuerdo obtuviera buen fin..... Ya está acabada la obra que hace poco se emprendiera..... Los hechos se suceden sin tardanza, y del triunfo completo la esperanza acaricia mi ser. Si así no fuera ¿creeríais que viviera yo confiado tan cerca de quien imponerme puede castigos por do quier, si no sucede lo que espero ?

BERENG.

Tened, hombre estimado;

me horroriza el pensarlo solamente.....
Mas no vence, Gontrando, á tal nobleza
la crueldad, y auuque puede en la pobreza
sumirla, siempre brilla reluciente
su esplendor.

GONT. Sois un ángel de ternura;
repito que envanézcome orgulloso,
de haber contribuido á que gozoso
corone vuestro amante su ventura.
Me resta solamente preveniros
que muy pronto vendrá la reina á veros.

BERENG. Así me encontrará.

GONT. Debeis haceros
favor, y á recibirla decidiros
en una y otra forma.

BERENG. ¡ Quiera el Cielo
se logre por completo mi esperanza !

GONT. Yo mientras velaré; tanta tardanza
pudiérase extrañar y ¡ adios desvelo !
(*Hace un saludo respetuoso á Berengaria
y se marcha echando la llave. La jóven se
arregla en parte sus descompuestos vesti-
dos, preparándose para recibir la visita
anunciada.*)

ESCENA V.

BERENGARIA.

Imposible tanta dicha
me parece; con razon
gozoso mi corazon

hoy olvida su desdicha.
El cielo de mis amores
vuelve á abrirme sus encantos,
pese á D. Fruela y á cuantos
siembran su paso de flores.

Mi pasado me horroriza
y me asusta aun el presente;
solo el porvenir mi mente
con sus delicias hechiza.

.

Mas ante el gozo del alma
una nube se presenta,
y es la suerte del que intenta
alejarse de mí la calma.

¿Porqué he de ser su sentencia?

Su muerte sella mi vida.....

¿Porqué en tan triste partida
él muere por mi existencia?

No, yo no puedo, Dios mio,
este rescate aceptar;

corriendo voy á llamar
al dueño de mi albedrío.

Quiero que él lo sepa todo.

Yo desprecio mi ventura,
si con ella sepultura

doy á D. Fruela. De lodo
no está lleno el corazón,

y acaricio la esperanza
de salvarle, aunque confianza
no tengo en su salvación.

Voy pues, á poner el medio
de conseguir mi deseo;
en el fiel Gontrando creo

y esto me acusa el remedio.

(*Diríjese hácia la puerta, pero no bien ha dado cuatro pasos, cuando se detiene petrificada porque oye, cerca de la ventana, la voz de su padre, que en tono reprensivo le dice:*)

Voz.

No pretendas, hija mia,
lo que alcanzar no se puede;
lo que ha de acaecer sucede.
Si mitiga tu alegría
esta desgracia y te aflije,
eleva á Dios tu oración
y espera resignación
de quien todo lo dirije.
No solo es tu libertad
lo que impulsa a la venganza;
es su crasa destemplanza
y su falta de bondad;
su corazon depravado,
su bastardo sentimiento,
sus maldades ya sin cuento
y su aliento inficionado.
Detén, pues, hija querida,
tu noble proposición;
de tu bello corazon
ya es la bondad conocida.
No temas baldón ni agravio
del mundo que te rodea.
Adios, y que siempre sea
el bien en tu desagravio.

(*Cesa la voz y pasado un momento, Berengaria se dirije hácia la ventana con ansiedad, exclamando:*)

BERENG. ¡ Ah mi ser, padre del alma !
¡ Ventura de mi reposo !
Entrad, y vereis gozoso
cual me arrebatáis la calma.

.

Nada me dice. ¡ Gran Dios,
no quiere oír mi respuesta !.....

Mas, que digo ¿ acaso es ésta
la ocasión de hablar los dos ?

*(Abrese la puerta del calabozo y aparece
la reina seguida de Gontrando. Berengaria,
sin poder reprimir un movimiento de
alegría, quédase inmóvil contemplándolos.)*

ESCENA VI.

BERENGARIA, DOÑA MUNIA, GONTRANDO que
permanece en pié al lado de la puerta
despues de cerrarla.

MUNIA. Dios os guarde, Berengaria;
sumida en vuestros dolores,
os destrozais la existencia
con pensamientos atroces.
Venid aquí, cara niña.
(Acércala á sí bajando el tono de la voz.)
Desechad vuestros temores;
yo os prometo de mi esposo
lo que queráis; él es noble.
¿ Como os sentís ? ¿ Por ventura,
podeis descansar de noche ?

BERENG. Sí señora, la costumbre

me hace siempre estar conforme.

Por lo demas, agradezco

los solícitos informes

que tomáis por mi persona.....

MUNIA.

Tengo tambien instrucciones

entregadas á Gontrando,

(Este se acerca á Berengaria y le muestra el pliego que ya en la escena II de este acto le habia enseñado, para probarle que aun se podrian abrigar esperanzas sobre su libertad.)

para que todo se amolde

á vuestro gusto y antojo;

y yo os juro por mi nombre,

que desde hoy en adelante

nada os faltará.

BERENG.

¡ Oh ! Entonces.

magnánima soberana,

permitidme que me arroje

á vuestros pies y los bese.

(Arrójase á las plantas de la reina, y ella con dulzura la levanta diciéndole:)

Jóven pudorosa y noble,

procurad estar tranquila,

y contad desde esta noche

con mi protección. Tambien

he dispuesto, y no os asombre,

que á vuestro querido padre,

para aumentar vuestro goce,

no se le impida la entrada

por estos alrededores.

Mas hay que guardar reserva

por el bien de todos. Sobre

vuestra libertad, ya puedo
tocar algunos resortes
que darán buen resultado;
pues ya se ven los albores
que la anuncian, sonrosando
el Oriente de esta Corte.

El rey es por demas bueno.
Sus contrarios con reproches
algo severos, le menguan,
acusándole de informe:

Mas él en su fuero interno
desprecia este infame mote,
acudiendo á la conciencia
verdadero juez del hombre.

Es cierto que á Wimarasio
arrebató vida y goce;
pero es seguro tambien
que la insensatez de un noble
á ello le precipitó,

por ganar falso renombre.
El mundo ignora esta historia
y es preciso que la ignore;
pues si otra cosa ocurriera,
habria tal vez un desórden
en palacio. Por hoy basta
que sepais, mi amable jóven,
que lo mismo se peligra
en la Corte que en el monte.

BERENG. ¡ Ay, señora! Mi desco
es saber como y en donde
se fraguan estas intrigas,
para escapar á sus golpes.

MUNIA. No temais, hermosa mia;

yo haré que el rey os otorgue
vuestra libertad, bien pronto.....
Ya os lo he dicho. Esos temores,
desechadlos sin cuidado;
no hagais caso de esas voces
que propalan los infames,
tomando del rey el nombre.
A la altura en que él se encuentra,
no hay cargo que no revoque
su espíritu asaz sereno.....
Tiene ya el alma de bronce.
Los males que le atribuyen
esos vasallos traidores,
ellos mismos los alientan
con fines bastante innobles.
El rey, como es natural,
con su magestad responde.....
¡ Triste destino acordado
á quien debe ser el Norte
de la Monarquía ! El pueblo,
que siempre quiere ir á escote
en asuntos del Estado,
quita al rey la vida y nombre.
Nunca se muestra contento.
Para él las tributaciones
son cargas muy onerosas,
y solo desea desmoches
para arreglar sus negocios,
aunque la Patria zozobre.
*(Oyense voces fuera llamando á Gontran-
do. Doña Munia palidece ligeramente, re-
conociendo la voz de D. Fulgencio. Beren-
garia que la contempla, no sabe á qué atri-*

buir esta excitación; pero no tardando en reponerse la reina, hace una señal á Gontrando para que abra la puerta del calabozo. Este obedece, y la figura de D. Fulgencio no tarda en dejarse ver, sonriendo sarcásticamente.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. FULGENCIO.

- FULG. *(Entrando.)*
(¡ Gran Dios, S. M. en esta estancia !)
- MUNIA. *(Con altivez.)*
A vuestra reina salud primero.
- FULG. Es cierto, á vuestros pies estoy.
(Poniendo la rodilla derecha en tierra.)
(Infero
mal augurio. Depongo mi arrogancia.)
(A una indicación de la reina se levanta.)
No debe sorprenderos mi extrañeza al hallaros aquí, pues soy discreto, y sabré con cuidado este secreto en mi pecho guardar. Delicadeza así lo exige. Mas ¡ por Dios, señora, me sorprende en extremo esta visita ! ¿ Comprendeis el alcance de esta cita para el rey, si se entera ? Desde ahora vaticinoos terrible resultado.
- MUNIA. Os entiendo, mi amigo.
(Con ironía.) Vos, sin duda, quereis proporcionarme vuestra ayuda en trance, para vos, tan apurado.

Mas pensad que no es ese mi deseo.
Mi esposo no hace mucho que ha tenido
un sueño original, en el que herido
por gran inspiración, á lo que veo,
ha vuelto en sí llorando su pasado;
y hoy piensa con razon, que su desdicha
se basa en lisonjera y fugáz dicha
que creyó en otro tiempo haber logrado.

(*Con ironía.*)

Conque veis que es en vano, caro amigo,
vuestro apoyo en el trance que creásteis;
y ahora es justo que así como pensásteis
retireis vuestro juicio. (¡ Qué castigo !)

FULG.

Léjos de mí, señora, tal criterio.

Yo tan solo he pensado que el monarca,
al saber que la reina no se aparta
de esa vida que envuelve en el misterio,
podria contra vos tomar venganza;
y entonces.....

MUNIA.

D. Fulgencio, mi defensa
tomaríais ¿ no es cierto ? (¡ Oh, qué ofensa
prodigárame entonces !) La esperanza
que abrigo de salvar la prisionera,
es para mí muy dulce, halagadora;
me siento envanecida, y por ahora
no es mi victoria, no, tan pasajera.
(*Este último verso debe ser dicho con mu-
cho énfasis.*)

FULG.

Mas, señora, sabed que vuestro esposo
á Gontrando ha exigido de su experta
(*El carcelero muere la cabeza en señal de
disgusto.*)
razon, que siempre viva muy alerta

respecto á Berengaria.....
MUNIA. (*Con ironía.*) ¡ Sois dichoso !
Poseeis del monarca los secretos;
sois su sostén mas sólido y seguro,
y no obstante, ignorais lo que yo auguro
al monarca... Sí.... ¡ Asaz somos discretos !
Nuestro rey accediendo á mi deseo,
se inclina á la bondad sin consultores,
y hoy oye á Doña Munia. Esos temores
de futuros conflictos, segun veo,
podeis lanzarlos al eterno olvido.
Comprobad, si quereis, lo que escuchais.
Preguntad á D. Fruela y no temais,
yo seré vuestro escudo.

FULG. (*Confundido*
me deja Doña Munia..... ¡ Fementida !
Desprecia mis halagos ¡ vive el Cielo !
Es imposible conseguir mi anhelo
al presente.)

(*Fingiéndose inmutarse.*)

Señora, el alma henchida
de gozo, os felicita en este instante.
Humillais con talento al poderoso,
y el cautivo infeliz podrá, gozoso,
aspirar embriagado y delirante
el puro ambiente de la libertad.
(Es preciso fingir en este asunto,
para tiempo ganar punto por punto
y descubrir al cabo la verdad.)
La virtud de la jóven pudorosa
y el honor del altivo cortesano,
hallarán en su propio soberano
columna inquebrantable, magestuosa.

El hijo del pesar, por la desgracia
abatido, y ahora abandonado,
encontrará solícito cuidado
interesando de su rey la gracia.
Y por fin, la Moral ya bien basada
acrecerá en el reino su simiente,
viéndose así obligado el displicente
á buscar sociedad mas depravada.

MUNIA.

(¡ Qué bien corta á dos filos el astuto !

La perfidia es su arma mas punzante:)

Mis expresivas gracias al galante
caballero, que rinde así tributo
al propósito simple de una dama
en bien de la virtud.

(*Ordena á Gontrando salga del calabozo.
El carcelero obedece enseguida á la reina.*)

Óid despacio.

(*Recalcando sus palabras.*)

Vos sabreis se conspira aquí, en palacio,
contra el rey. Bien urdida está la trama
y es preciso que sin disculpa alguna
á su lado os halleis.

BERENG.

(*Palideciendo extraordinariamente.*)

Temo, señora,

resultado fatal en ella ahora.

(*D. Fulgencio y Doña Munia sorprendi-
dos, fíjanse detenidamente en la jóven, la
cual comprendiendo la significación de es-
tas miradas, cobra alguna serenidad y se
sobrepone á la situación.*)

MUNIA.

(*A Berengaria.*)

Mas, vos no sois agena á la importuna
conducta de esos súbditos traidores.

- BERENG.** Nada sé, soberana; temo solo
por el pueblo, pues compasión y dolo
me acusan tan fatídicos rumores.
Dios quiera la razon acuda presto
á deshacer proyecto tan ingrato.
- FULG.** (*Sonriéndose.*)
(Si hicieran lo que yo, que siempre acato
las órdenes del Rey.....) En cuanto á esto
de la conjuración, nada es mas cierto;
pero son unos pobres pretendientes
que desean vivir independientes
á costa de su rey que ya creen muerto.
Sumid su pretensión en el olvido.
(*Se oyen pasos por fuera. La reina pme
atención, y agitada, dice con lijereza:*)
- MUNIA.** Apresuro mi marcha, Berengaria;
seguid tranquila, y que vuestra plegaria
se eleve recta á nuestro Dios querido.
(*Saluda á la jóven y se marcha acompaña-
da de D. Fulgencio, que la sigue respetuo-
samente. Gontrando entra enseguida y cier-
ra tras sí.*)

ESCENA VIII.

BERENGARIA, GONTRANDO.

- BERENG.** (*Al ver á Gontrando.*)
Venid, Gontrando, estamos abocados
á un nuevo y espantoso sufrimiento.
(*Hablando con alguna dificultad.*)
- GONT.** ¿Qué os sucede? Tomad, señora, asiento,

y explicadme la causa.....

BERENG.

Revelados

han sido al soberano nuestros planes
en la conspiración. Estais perdidos,
y sinó obran los otros prevenidos
pagar pueden muy caros sus desmanes.
Conciliad, cual podais, los sentimientos
de los que al rey preparan triste fosa;
evitad esta sangre silenciosa
ya próxima á correr. Estos momentos
son preciosos, Gontrando. Diligencia,
talento, actividad, mucha energía,
y acabar lograreis con esta orgía
de venganza sin fin. ¡ Cuánta conciencia
rebosara de júbilo tranquila
entonces, sin recuerdo alguno odioso !

GONT.

¿ Oísteis por acaso, algo horróroso
cernirse en nuestros pechos ?

BERENG.

(*Con sentimiento y pausadamente.*)

Me aniquila

pensarlo solamente. A D. Fulgencio
la reina ya ha explicado sus recelos;
conócense asimismo los desvelos
que gozosos sufrís en el silencio,
labrando vuestra obra. Lo inconstante
del destino hácia mí me imprime miedo,
y aun que estar quiero alegre, ya no puedo
conseguirlo. La suerte de mi amante
me roba mi reposo á cada hora;
tambien sufro por la del soberano,
y creedme, Gontrando, si en mi mano
estuviera el salvarle, sin demora
practicara este bien.

GONT.

(Es cosa cierta que el corazon predice nuestros hechos.)
¿ Adivináis, sin duda, los derechos que os obligan ? Muy bien, jóven experta. El rey correspondiendo á ese deseo, al mismo tiempo que lo desconoce, os concede la libertad y el goce de vuestras ilusiones.

(*Al oír estas palabras, Berengaria clava desmesuradamente los ojos en el carcelero como dudando de su veracidad; pero al cabo de breves momentos, viendo la impasibilidad de éste, como reconciniéndose á sí misma por la duda que por poco tiempo ha embargado sus sentidos, póstrase de hinojos, y elevando la mirada al Cielo, exclama enternecida :*)

BERENG.

Si, lo creo.

Gracias os doy, mi Dios, por vuestra obra; ya se encuentra colmada mi esperanza; y abatida del rey la destemplanza por vuestra caridad excelsa.

GONT.

Sobra

cuanto al caso decís, ilustre dama; se os conoce bastante y basta esto. Preparaos á salir, pero muy presto, pues el rey quiere veros. Aun os ama. Calmáronse por fin vuestros dolores; sed dichosa y feliz en adelante; ¡ qué Dios premie desdicha tan constante con ventura sin fin ! Vuestros temores cesarán al salir de esta morada, mansión del sufrimiento y del olvido.

BERENG. ¿Y el traje? No sabeis que siempre he sido de la miseria víctima?

GONT. Tomada
en consideración tal circunstancia,
se os ha confeccionado uno elegante
que usareis con agrado. En este instante
lo preparan en no lejana estancia.
Seguidme.

(Gontrando se dirige hácia la puerta de salida; Berengaria permanece inmóvil. Al ver esto el carcelero, se vuelve á la jóven con extrañeza, diciéndole:)

¿ No quereis, señora mia ?

BERENG. ¡ Me estremezco, Gontrando, por su suerte!
Es mas, yo no quisiera que su muerte
siguiese tan de cerca á mi alegría.

(Vuélvese entonces en actitud de marchar y presenta su mano izquierda á Gontrando, la que éste toma con su derecha, y salen del calabozo.)

ESCENA IX.

Antecámara en el alcázar de D. Fruela. Puerta al foro y á la derecha del actor. La primera da entrada á la parte del edificio que ocupan los miembros de la familia real. Gran profusión de muebles adecuados á la época, adornan la estancia. Una lámpara de estilo gótico da luz á la habitación. Cuatro soldados de la guardia real se hallan prestando servicio á la puerta del foro: dos inmediatos á ella, y los otros dos á la misma altura, pero separados de los primeros.

D. FRUELA y D. FULGENCIO; el primero paseándose por la escena, y el segundo de pié, en actitud respetuosa, frente á su soberano.

FRUELA. (*Deteniéndose.*)
No es posible, buen Fulgencio;
arrancar del corazón
este recuerdo terrible.....
Me destruye hasta el valor.
Cuando la noche tranquila
da al hombre satisfacción,
para gozar del reposo
que le concede su Dios,
yo solo encuentro tormento
y atroz desesperación.
Al abrir el día sus puertas
á nuestro radiante Sol,

hora en que alegre y tranquilo
se levanta el labrador
para cultivar sus tierras,
yo, abandonado de Dios,
huyo del lecho aterrado,
buscando compensación
al insomnio en que he pasado
toda la noche anterior.

Quiero borrar los recuerdos
de aquel día tan atroz.....

Y es inútil, su gran peso
anonada mi razón.

FULG.

Mitigad vuestro tormento;
no os desesperéis, señor;
mirad que el reino os exige
muy justa conservación.

Esa muerte fué justicia
y la administrásteis vos;
vuestros vasallos lo dicen,
y elojian vuestro tesón.

FRUELA.

Mas ¿qué me vale este aserto?
¿No vivo con mi interior?
¿Quién es capaz de arrancar
esta imagen ¡vive Dios!
de mi cerebro?

FULG.

(*Con ironía.*)
con su amena distracción.

Los años

Si interrogais á la Corte,
y esto os lo aseguro yo,

os dirá que vos sois víctima
de vuestro propio pavor.

El padre de vuestra esposa
no hace mucho á esto aludió,

censurando crudamente
la vida que haceis, señor.
El duque Eudo así piensa,
segun traslucir dejó.
No está este reino tranquilo;
siguen, como sabeis vos,
las correrías de los árabes
por estos dominios.

FRUELA.

Son

con frecuencia derrotados;
y su deseo tan atroz
de querer en estas tierras
establecer su pendón,
es por demás ilusorio;
pues sabes sobra valor
á mis temibles soldados,
para de un soplo veloz
despachar á esos villanos
de la muerte á la mansión.
Sí, Fulgencio, estoy tranquilo.
Nada he hecho en mi favor;
todo lo he sacrificado
por mi Patria y por mi Dios.
Yo he extendido los dominios
que mi padre me legó,
á do ha llegado mi fuerza
impelida por mi ardor;
asegurando á mi hijo
del reino la posesión.
Mas el pueblo siempre ingrato
con el que es su rey y señor,
me depara envilecido
vasta y cruel conspiración.

Tú sabrás, buen confidente,
algo de ella. (*Mirándole detenidamente.*)
FULG. (*Sin inmutarse.*) ¿Yo, señor?.....
Solo sé que algunos siervos
llevados de su ambición,
fragan planes dirigidos
á extirpar, en su furor,
á sus señores.

FRUELA. No es eso
lo que demando. No son
estos los que á mí me ponen
en cuidado.

(*Con ironía.*)

Lo que yo
quiero saber enseguida
es, si por el interior
de mis dominios existe
alguna conjuración.

FULG. Podeis tranquilo vivir
y alejar este temor;
pues tengo pruebas exactas
de que en toda la extensión
de vuestro reino, no existe
conspiración contra vos.

FRUELA. ¿Y si yo te presentase
otras pruebas ¡oh furor!
de que mi vida peligra?

FULG. Entonces, con sumisión,
acataria vuestras órdenes,
á fin de lograr veloz
destruir á esos infames
que, olvidando lo que son,
(*Recalcando sus palabras.*)

atentan á vuestra vida.

FRUELA. Pues bien, segun el rumor
de algunos ecos perdidos,
(*Con ironía.*)
que aun ignoras sin razon,
se trata de asesinarme
en palacio ¡ vive Dios !
Por eso he dispuesto ahora,
cual medio de precaución,
que se celebre esta noche
el banquete que, en honor
de mis victorias pasadas,
tengo por costumbre yo
llevar á cabo anualmente.
Esta determinación,
si acaso el plan estuviera
preparado á su alrededor,
me asegura por lo pronto
mi propia conservación.
Mientras el convite dure,
hablaré con el valor
preciso, á mis buenos próceres,
de lo que pienso hacer yo.
Explanaré mis sospechas;
les daré una explicación
sucinta, de mi conducta
al presente y anterior;
y les pediré, por último,
su autorizada opinión
en el asunto que trato,
para juzgar mi interior.
Tú, miéntras, vigilarás
el servicio en mi mansión

sin perdérmele de vista;
que esté mi guardia, por Dios,
dispuesta para batirse
con denuedo y decisión,
si es necesario; y que todos
cumplan, cual cabe á su honor,
sus respectivos deberes
sin disculpa, ni objeción.

(Siéntense pasos por el fondo.)

FULG. Si no mandais otra cosa
me retiraré, señor,
á dar pronto cumplimiento
á vuestras órdenes.

FRUELA.

Dios

te guie en tus disposiciones.

FULG.

Y á vos dé resignación.

*(Inclínase respetuosamente y se marcha
por la derecha; pronunciando, al salir, las
siguientes palabras:)*

*(Ya caistes en el lazo;
adios para siempre, adios.)*

*(D. Fruela, mientras, permanece en un es-
tado de inquietud visible, hasta que ve apa-
recer á Gontrando que, por la puerta del
foro, entra saludando á su rey.)*

ESCENA X.

D. FRUELA, GONTRANDO.

FRUELA. Acércate, mi siervo; ¿ ya has cumplido
mis órdenes respecto á Berengaria?

GONT. Sí, señor; ya está libre.

FRUELA.

Su plegaria se ha elevado hasta el Cielo. Conmovido al presente me siento de alegría, pensando que he podido por mi mano practicar este bien. Ya Fromestano es dichoso. Mas dí, ¡ por vida mia ! ¿ Qué impresión hizo en ella tal ventura ?

GONT.

Gran placer, verdadera animación; lo mismo que si al loco la razón volviera. Desechando su amargura enseguida bendijo vuestro nombre, mostrándose contenta al enterarse de que pronto debía presentarse ante vos.

FRUELA.

No te extrañe que me asombre de su fé, si es que ahora no ha dudado de mi noble intención. Agradecido, le prometo lanzar á eterno olvido la guerra que su amor me ha declarado. (Tiempo es ya de que cese mi venganza y ceda á la bondad y á la justicia.) Pues bien, ya que se muestra así propicia á escucharme, que venga sin tardanza. (*Gontrando se inclina y vase.*)

ESCENA XI.

DON FRUELA.

Pronto vendrá ¡ pobre jóven !
Mi corazón inhumano

quiso vencer su decoro
su voluntad conquistando,
y vengarse, al propio tiempo,
del infame Fromestano.

Luchando con mi pasión
representábale, ingrato,
un porvenir hermosísimo
de ventura rodeado.

Encerrada en una oculta
mazmorra de las de Samos,
separada de sus padres,
privada de todo amparo,
ha resistido con gloria
la ilusión que le he mostrado.

Insistiendo tenazmente
para vencer su recato,
tratela con villanía.....

Pero nada..... Todo en vano.....

Manifiesta indiferencia
mis ofertas le han causado.

Pecho mas noble no existe.

Con que gusto hubiera dado
mis excesivas riquezas,
por alcanzar de sus labios
ese amor que tanto anhelo.....

Sin esa mujer ¿qué valgo ?

(*Breve pausa.*)

Ni súplicas, ni promesas,
ni amenazas, ni regalos
con todos sus atractivos,
su dignidad han hollado.
Hoy sale de esta mansión
su pureza conservando,

y me deja el corazón
por su pesar traspasado.
Que el colmo de su deseo
vaya por fin alcanzando,
y sea feliz y dichosa
con su amado Fromestano.
Yo en tanto bendeciré
esta unión desde palacio,
y propenderé á su bien
sin recordar el pasado.

ESCENA XII.

D. FRUELA, BERENGARIA.

BERENG. (*Saliendo por el foro y arrojándose á los
piés del monarca.*)

Señor, á vuestras plantas la cautiva
á quien su libertad hoy otorgais,
hará votos porque feliz seais
sin pesar, por lo menos mientras viva.

FRUELA. Admítelos gozoso, Berengaria;
mas ahora yo debo sincerarme,
á fin de que podais vos perdonarme
del mal que os he causado.
(*Hace una breve pausa, y despues leván-
tándola y sentándola, mientras él permanece
de pié, continúa:*)

Temeraria
mi imprudencia, hácia vos me ha conducido
en todas ocasiones. Fui tirano
en extremo con vos. Cual tigre insano,

quise ver vuestro encanto destruido.
Pero ya que conozco fué locura
mas bien que vil pasión y desvarío;
que así cual se desborda fero un río,
así se desbordó mi desventura,
merezco compasión, eso es muy cierto;
y vos que sois de la bondad esencia,
gala haciendo de vuestra complacencia
olvidais lo pasado. Ya está muerto
el entusiasmo que á mi ser causásteis;
solo quiero al presente vuestra dicha
constante por demás, cual la desdicha
que con tanto tesón sobrellevásteis.
Libre sois desde ahora; si queréis,
preparad vuestra marcha en este instante;
hágaos feliz vuestro gentil amante,
que es eso lo que vos os mereceis.
Gontrando que ya estima vuestra vida
os ha de conducir á do queráis;
y si acaso recursos no contais,
decidlo, y los tendreis aquí ensegui la.
BERENG. Gracias mil, bondadoso soberano;
templad sobre el pasado vuestra pena;
de gozo y gratitud el alma llena
bendice vuestro nombre. No en mi mano
estará el olvidar tanta ventura.
(¡ Qué mudanza en el rey se ha originado !
Antes con su deseo tan obstinado,
y ahora ¡ cómo muestra su dulzura !)
Dispuesta ya á salir de esta morada,
os suplico á besar me deis la diestra.
(*D. Fruela se la extiende y ella la besa.*)
(A Dios impetraré no sea siniestra

para él, esa vida tan malvada.) (*Vase.*)
(*Al mismo tiempo óyese ruido de voces y
algazara por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIII.

D. FRUELA, mirando hácia dicha puerta.

Así; reid, gritad, ese es el mundo.
Vosotros celebráis despreocupados
el banquete que os doy, sereis odiados,
pues no lo mereceis. El tan inmundo
criterio que os adorna es inhumano;
os revestís de hipócrita talante
cuando teneis que ver al rey delante,
y despues lo vendeis cual á un villano.
Esa es vuestra bravura, mis vasallos;
á mi presencia sumisión entera,
y luego os coligais en verdadera
liga contra mi trono. Resedvallos

(*Con sarcasmo.*)

esos arranques de valor sincero,
para llevar mis huestes vencedoras
allí donde á la Patria son deudoras
de morir, defendiéndola primero.
(*Al pronunciar este último verso, quédase
aterrorizado extendiendo las manos como
para alejar de su vista un objeto que le mo-
lesta. La sombra de Wimarasio, materia-
lizando su idea recóndita, se dibuja en la
pared que se halla á su frente.*)

Mas ya estás otra vez, sombra querida,

maldiciendo mi pérfida existencia.....
Siniestro fin me augura tu presencia.....
Comprendo que se acorta ya mi vida.
Perdóname mi cr men; yo he sufrido
hondamente, desde que lo llevó a cabo.....
Tus bellísimas prendas siempre alabo.....
Tu recuerdo mant neme aturdido.
Deten tu torvo ceño, esa mirada
envuelta en sepulcral melancolía.....
No aprontes, Wimarasio, mi agonía.....
Mi conciencia está bien martirizada.

(La sombra de Wimarasio desaparece y el rey cae sin sentido en una silla. Mientras, por el fondo cruzan unos cuantos embozados que atisban la situación. D. Fruela, a los pocos momentos, levanta la cabeza, y pasándose la mano derecha por la frente, dice mirando a todas partes:)

  Mas d o est  la visión?   Ya mis sentidos me alucinan? Mi hermano amenazante sonre ase, viéndome espirante de desesperación..... S . Mis quejidos le inspiraban sonrisas desdeñosas. Mi voz risa sarcástica causaba en su ser, y despues me contemplaba, lanzándome miradas espantosas.

(Breve pausa.)

Su espectro, siempre fúnebre anunciando, tr ame terrible y sin igual sentencia..... Mas, espero de Dios en la clemencia, y él sabr  defenderme.   Cielos! Cuando recuerdo mis pasadas ilusiones; de la infancia los venturosos años,

y los muchos y crueles desengaños
que me han proporcionado las pasiones,
vuelvo en mí; reconozco mi torpeza
para con la honradez y la hermosura,
y mi pecho rebosa de amargura
absorto de mi ser en la dureza.
Esta voz insensata que atormenta
mis oscuros y tétricos sentidos,
no se aparta jamás de mis oídos
preparándome fuerte, atroz afrenta.
¡Léjos de mí, temor mortificante!
¡Fogoso corazón, toma incremento!
Marchemos al festín; cese un momento
este penar tan fiero y tan constante.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIV.

D. AURELIO, D. SANCHO SILO RUIZ, FROMESTANO y multitud de guerreros, todos embozados, van entrando, poco á poco, por la puerta del foro. A la llegada de los primeros, los guardias que se hallan custodiando la puerta oponen una pequeña resistencia; pero advertidos y amenazados por los que entran, ceden al número y deponiendo sus armas, desaparecen por el foro precipitadamente. Dueños ya de la situación, desembozándose y presentan al público sus brillantes armaduras, colocándose simétricamente y á respetable distancia de sus Jefes. D. Sancho Silo Ruiz y Fromestano recorren sucesivamente el conjunto de las armas de cada uno de sus respectivos soldados, arengándoles en voz baja á la lucha si es necesaria. A lo léjos, óyen-

se los instrumentos que tañen los cautivos en la sala en donde se celebra la fiesta.

AURELIO. Se cumplirá su sino; el vil cobarde que abandona su ser á la indolencia, despues de consumir en su inclemencia atropellos de que hace infame alarde, merece cruel castigo. La templanza no debe proteger al sanguinario; así es que de su vida el largo horario recorrido está ya. Su cruel pujanza acrecerá esta noche el sufrimiento, al verse sucumbir sin que un amigo le ampare en su agonía. Su enemigo comun es muy potente. ¡ Cruel tormento es verse en situación tan angustiada !
(*Dirijiéndose á sus compañeros.*)

Ea, señores, contemos nuestra empresa con éxito feliz. Ya nuestra presa no logrará escapar de esa morada.
(*Señalando la puerta de la derecha.*)
Mañana al despuntar el nuevo dia con creces pagaré vuestros servicios.

SANCHO. Si buenos los juzgais nuestros oficios, contad con ellos siempre. La alegría con que acatamos las disposiciones
(*Inclinándose.*)
que dimanau del nuevo soberano, hacen que se halle siempre nuestra mano dispuesta, en todos sitios y ocasiones, á dar fiel cumplimiento á su deseo.

AURELIO. Gracias, D. Sancho; la lealtad segura de estos valientes, casi ya me augura

un reinado feliz; así lo creo.

Las huestes agarenas que hoy mantienen estos dominios en perpétua guerra, rodarán humilladas por la tierra ante el Lábaro santo.

(*A los guerreros.*) Si sostienen mas tarde con nosotros su osadía, les haremos luchar continuamente, hasta tiranizar completamente sus acciones é hipócrita hidalguía.

(*A D. Sancho.*)

Mas ¿ qué fuerza teneis en la antesala que da acceso al festín ?

SANCHO.

Por ese lado treinta y ocho guerreros, y excusado es hablar de su intento.

AURELIO.

¿ No haceis gala de exceso en la memoria, por ventura ?

SANCHO.

Podeis contarlos, si dudais, ahora.
(*Un ruido extraordinario déjase oír por la derecha. Los instrumentos cesan de tocarse instantáneamente. La confusión crece por momentos, hasta que un agudo y prolongado silbido suena hácia la misma parte. Entonces decrece aquella.*)

AURELIO.

Atención, pues se acerca ya la hora en que vais á probar vuestra bravura.
(*Los guerreros preparan sus armas y esperan con marcada agitación el resultado de este alboroto.*)

No temais un momento; mi cabeza será de vuestros cuerpos la fianza; podeis tener en mi valor confianza

y luchar sin temor y con firmeza.
(*Por la puerta lateral se sienten pasos precipitados, y á una señal de D. Aurelio, seis guerreros, con espada en mano, se adelantan á guardar aquella. D. Fruela aparece al fin por ella con las manos puestas en su costado izquierdo, el cual debe traer manchado de sangre, así como parte de su traje. Siguenle: D. Fulgencio con un puñal ensangrentado en la mano que procura ocultar á la vista del monarca y es el mismo con que un año antes dió éste muerte á su hermano, Aliatal, multitud de próceres, magnates y un gran número de caballeros. Todos van colocándose por la escena en medio del mas religioso silencio, ocupando los puestos á que su jerarquía les hace acreedores.)*

ESCENA XV.

D. FRUELA, D. AURELIO, D. SANCHO SILO RUIZ, FROMESTANO, ALIATAL, próceres, magnates, caballeros y guerreros.

FRUELA. *(Con desesperación pero con voz temblorosa.)*
Paso dejad á vuestro rey, traidores.
(Los seis guerreros que antes se han colocado en la puerta de la derecha, franquean el paso con respeto y apoyan las puntas de sus espadas en el suelo.)
Humillad la cerviz ante mi trono.....
Habeis logrado exasperar mi encono.....

Maldigoos de la muerte en los albores.
(*Da cuatro ó seis pasos vacilantes hácia el centro de la escena.*)

No resisto ya mas; el alma mia
se escapa de mi pecho, y el aliento
que aspiro, con trabajo, este momento
es de fuego. ¡ Gran Dios, qué felonía !
Me vendian mis vasallos mas queridos...

(*Dirijiéndose á ellos.*)

¿ Porqué no os arredrásteis uno á uno,
en campo abierto y sin testigo alguno,
á retar al monarca ? ¡ Fementidos !.....

Ya la herida mi vida va acabando.....

(*Hace un esfuerzo supremo para mante-
nerse de pié; pero no pudiendo lograrlo, cae
en tierra. Los conjurados y demas caballe-
ros le contemplan impávidos.*)

Cedo por fin á la traición y al miedo.....

Que mi sangre os envuelva.... Yo ya quedo
exánime y sin vida.

AURELIO.

(Terminando

va el monarca su pérfida existencia.

Dejémosle morir tranquilamente.)

FRUELA.

Sí, villanos, matais cobardemente

al que os miró con ojos de clemencia.

(*Quédase un momento pensativo, y despues
con la ligereza que le permite lo débil de su
estado, añade:*)

Mas ¿ do está mi familia ? ¿ Será objeto
de venganza, cuando haya yo espirado ?

AURELIO.

Podeis estar tranquilo. En vuestro Estado
viviendo seguirá con el respeto
que á su alcurnia y origen es debido.

FRUELA. Consoláisme, por Cristo, de momento,
cuando veis que me falta ya el aliento
y voy á fenecer. ¡ Oh bien perdido !
¡ Oh, reina, que sufristes inocente
la fuerza de mi brazo en la desgracia !
Concede del perdon la hermosa gracia
al que tanto te ama; y tú, valiente
y gentil Wimarasio, buen hermano,
que á la altura en que estás me ves pequeño;
olvida al que traidor te dió un beleño,
siendo á la vez verdugo y soberano.
*(Hace una breve pausa, y entrando despues
en un estado de agitación indescriptible, va
hablando á intervalos y en medio de esfuer-
zos extraordinarios.)*
¡ Qué fatigas, gran Dios, cruel agonía !
Eso os debo á vosotros, mis amigos.....
Lánzeos Satán horrisonos castigos.....
Así.. debeis.. pagar.. vuestra.. hi.. dal.. guía.

AURELIO. *(A los soldados.)*
Conducid con respeto el cuerpo helado
del monarca, que ha poco nos regia,
á sus habitaciones. Esta orgía
de sangre, con su muerte ha terminado.
*(Cuatro de los guerreros mas cercanos al
monarca, con gran cuidado, toman el ca-
dáver de éste y lo conducen á las habitacio-
nes interiores del alcázar. Todos se incli-
nan con religioso silencio.)*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos D. FRUELA.

FULG. Nuestra es por fin la victoria;
ya terminó su reinado
cual teníamos acordado,
en el festín de su gloria.
(*Mostrando el puñal que antes procuraba
tener oculto á la vista del rey.*)
Este sangriento puñal
ha sido el arma homicida,
que ha aniquilado su vida
en las manos de Aliatal.
(*Este se inclina.*)
La real familia encerrada
ha sido despues del hecho;
la guardia es nuestra, á despecho
de su Jefe. Ya acabada
está nuestra obra aquí.

AURELIO. Señores, lo habeis oido;
el destino ha permitido
que el rey sucumbiese así.
(*A D. Fulgencio.*)
Mas contadnos, buen amigo,
los percances de esa lucha;
mi servidumbre os escucha,
y vos podeis al abrigo
de mi poder, explanaros

en tan triste relación.

FULG.

Accedo á la insinuación
de vos, y voy á informaros.

(*Hace una breve pausa.*)

Tranquilo el puesto tomó
de sus súbditos al frente,
y empezó á hacerles patente
su desgracia y su dolor.

Ellos graves escuchaban
al odioso soberano,
esperando de antemano
lo que ya pronto anhelaban.

Dase por fin la señal
contra el monarca indolente,
y entonces rápidamente
se dirige á él Aliatal;

le asesta una puñalada
diciéndole con bravura:
«Muere, cruel; de sepultura
sírivate hoy tu morada.»

A tan violenta agresión
queda D. Frúela aturdido;
y viéndose acometido
con tanta fuerza y tesón,
con su mirada furtiva
llama á los que tiene al lado,
sin que al fin vea coronado
su propuesto objeto. Aviva
entonces su decaimiento
y se dispone al combate,
resistiendo el fiero ataque
con destreza y valimiento.
Sus comensales cercanos

le oponen todo recurso;
así es que con tal concurso
escápase de las manos
de Aliatal, aquí corriendo.

AURELIO. Pues bien, ya que ha terminado
en este día su reinado,
vamos al Señor rindiendo
con piedad y culto ardiente
nuestra oración fervorosa,
para que una paz dichosa
nos depare.

*(Todos se descubren y arrodillan menos
D. Aurelio que permanece en pié.)*

Omnipotente

ser, que alientas nuestra vida;
tú, que al criminal deshaces
en medio de sus secuaces,
ten piedad del regicida
que esta noche ha consumado
este crimen, fué deber
del pueblo obligado á hacer
justicia, asaz irritado.

Dame, pues, tranquilidad
para que mi reino aumente;
mírale siempre sonriente
y con ojos de bondad.

*(Cúbrense, y todos los demas le imitan, le-
vantándose.)*

FROM. Viva el nuevo soberano
para nuestro bien y dicha
años sin fin; la desdicha
ya está presa en nuestra mano.

(D. Fulgencio, D. Sancho Silo Ruiz y

Fromestano se acercan respetuosamente al nuevo rey, y le invitan á tomar posesión del alcázar. La comitiva se dirige entonces á la puerta de la derecha, en la forma siguiente: D. Fulgencio; D. Sancho Silo Ruiz y Fromestano; D. Aurelio; próceres, magnates, caballeros y guerreros. La escena debe revestir gran animación y buen conjunto. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO
Y
DEL DRAMA.





SN

17